

10(439-3)

BARBARA FIDELE

*Es un caso de conciencia
llevado a la escena en
un retablo de seis cuadros,*

por

José Ricardo Morales



*Lo edita Cruz del Sur en
Santiago de Chile*

B Á R B A R A F I D E L E

BARBARA FIDELE

*Es un caso de conciencia
llevado a la escena en
un retablo de seis cuadros,*

por

José Ricardo Morales



*Lo edita Cruz del Sur en
Santiago de Chile*

A mis padres.

En el año séptimo
de nuestro aciago destierro.

...lo que hago no lo entiendo; ni lo que quiero, hago; antes lo que aborrezco, aquello hago.

Porque no hago el bien que quiero; más el mal que no quiero...

Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí.

Pablo el apóstol. Epístola a los romanos.

B Á R B A R A F I D E L E

LOS PERSONAJES

BÁRBARA FIDELE.

LORENZO, su hijo.

MAESE DORIA, miniaturista.

ISABEL DORIA.

CELIA, su hija.

PABLO, oficial del miniaturista.

MARCELA.

EL LAZARILLO.

AGUADORA PRIMERA.

AGUADORA SEGUNDA.

EL CELADOR.

EL CLÉRIGO.

EL INQUISIDOR.

EL ESCRIBANO.

GUARDIÁN PRIMERO.

GUARDIÁN SEGUNDO.

UN TESTIGO.

EL PORTERO.

EL HOMBRE.

LA MUJER.

EL SABIDO.

EL ORANTE.

EL PANADERO.

EL SOLDADO.

EL FERVOROSO.

EL FLAGELANTE.

EL CAMPESINO.

LA PREÑADA.
UNO DEL GRUPO.
EL DESCONOCIDO.

LOS DOLIENTES.
GENTE DEL PUEBLO.

En una población del Mediterráneo. En
las postrimerías de la Edad Media.

C U A D R O P R I M E R O

Taller de un maestro miniaturista. El fondo de la sala lo ocupa un estrado con barandal, alzado en dos escalones sobre el resto de la pieza. A derecha e izquierda, en primer término, hay dos puertas practicables. Sobre las paredes de la izquierda y del fondo se abren ventanas de larga traza, por las que entra, arrebolada, la última luz solar. En el estrado hay atriles y facistoles, con profusión de salterios, misales y otros libros, muestra de la artesanía que en el local se practica.

Aparece maese Doria por la puerta de la derecha. Sube al estrado y mira calmosamente algunas láminas. Pablo, su operario, llega al punto, por la izquierda, cantando un alegre tono.

PABLO (*Advirtiendo la presencia del maestro suspende el cantar*).—¡Ah, perdonad maese Doria! Me creía solo.

MAESE DORIA.—Pablo amigo, mi buen obrero, la soledad es privilegio de Dios. Las criaturas, mientras no estemos de-

jadas de su mano, gozaremos de su eterna compañía. El estar solo es ilusión o desgracia.

PABLO.—Quise decir que no esperaba encontraros.

MAESE DORIA.—Echa tu alegría a boca llena. Concluído el trabajo, la jornada puede rematarse a gusto. Canta, pues lo has menester. (*Silencio breve*). Si mi presencia impide tu alegría, adiós; te digo adiós y me marchó.

PABLO.—(*En un aprieto*). ¿Habré de cantar para que os quedéis?

MAESE DORIA.—(*Riéndose*). Cúmplase tu voluntad, y todos contentos. (*Cambiando*). Reímos, y la risa nos satisface. Cuando es necesario, el llanto colma nuestro deseo. Algunos, por la demasía de su gozo, pueden llorar de risa, y heme aquí, los brazos cruzados, el semblante alegre, encubierta mi pesadumbre. (*Silencio breve*). Fiel Pablo, detuve los ojos en todos esos trabajos, ¿qué descubrieron?

PABLO.—Imperfecciones, descuidos: la pobreza de nuestra condición.

MAESE DORIA.—Irreverencias. Muestras del orgullo humano. Desacatos a las prescripciones. Faltas; faltas, graves faltas. Acércate. ¿De dónde nació la forma de esas letras e iniciales? Mira. ¿Conviene ese color a un manto? ¿Así estuvo Cristo en la cruz? ¿Éste es el lugar dispuesto para Nuestra Señora? Invenciones, extravagancias veo por

doquiera. ¿Qué se hicieron mis consejos, desamparados, sin el cobijo de un ser donde guarecerse? (*Largo silencio*). Cierras la boca, muerdes la aspereza de las réplicas y te tragas su zumo agrio. De sobra conozco tu buen natural. Te estarías callado como un muerto, cargando con la culpa ajena, vejado por una reprimenda que estoy dirigiendo a otro. ¡A otro, ¿me entiendes?! Por ello estoy exaltado. (*Afable*). Y tú, buen hombre, no moverías los labios ni para decir que ésas son obras del muchacho. Dile que venga. Por el desmaño de su trabajo lo pude reconocer. (*Va a salir el operario*). Espera un momento, Pablo. Antes dame nuevas pruebas de tu crecida bondad. (*Humildemente*). Te solicito perdón por haberme irritado en tu presencia. (*Se sorprende el oficial*). Otórgamelo, si quieres.

PABLO.—¿Cómo he de poder negarme?

MAESE DORIA.—Concédemelo otra vez, porque llevé confusión y desconcierto a tu ánimo.

PABLO.—¡Maese Doria!

MAESE DORIA.—Perdóname nuevamente porque, sin quererlo, te hice asumir culpas de un tercero.

PABLO.—Sea; y basta, que me abrumáis. Otorgadme a vuestra vez una sola petición.

MAESE DORIA.—No tienes más que decirla.

PABLO.—¿Disculparéis al muchacho las faltas que ha cometido?

MAESE DORIA.—Pues tú intercedes, consiento. ¿En qué trabajaba ahora?

PABLO.—Dibuja constantemente. No he conocido aprendiz de tanto ahinco.

MAESE DORIA.—El demasiado ardor seca las almas.

PABLO.—Perdonádselo también. (*Sale*).

Maese Doria mira por una de las ventanas. Entra luego el aprendiz, brioso el ademán y el paso. A poco llega el operario.

LORENZO.—¡Decid!

MAESE DORIA.—(*Tras una larga pausa*).

Lorenzo: era años atrás un débil brote; cualquier doncella, con los dedos pulgar e índice, pudo quebrarlo sin esfuerzo. Se inclinaba a los vientos, volubles eran sus reverencias. Pasó tiempo; lo enderecé, le di riego, tuvo protección de las heladas. Hoy es un firme manzano, el rostro lleno de hojas y frutos.

LORENZO.—¿Qué me anunciáis?

MAESE DORIA.—Espera. Como siempre, quieres llegar de un brinco al final. Días pasados, concurrí a las ferias vecinas. Las tortas y golosinas compartimos; de las buenas ventas ya os hablé. Mi oficio sabido, tuve encargo de una imagen. “Dispuesto, me dije, manos a la obra”. ¡Y estaba sin colores, y no los había en el lugar! Tuve que hacerlos con calma: rojo vegetal, azul cúprico,

negro del tizne. Mientras, en idea, fui dándole forma y perfección al santo...

LORENZO.—Procedéis igual que yo.

MAESE DORIA.—Fui dándole forma, perfección, al santo, mentalmente...

LORENZO.—No os detengáis.

MAESE DORIA.—¡Muchacho acelerado! Tu prisa me impide enseñarte a no tener prisa. ¡Y ya he dicho lo que no quería! Pablo, ¿cuántas manos de color requieren las miniaturas?

LORENZO.—(*Adelantándose*). Seis o siete.

MAESE DORIA.—Pablo, ¿cuántas manos de color requieren las miniaturas?

PABLO.—Seis o siete.

MAESE DORIA.—¿Escuchaste, Lorenzo? Seis o siete capas. Transcurren hasta diez días entre una y otra... O sea que suman...

LORENZO.—¡Dos meses!

MAESE DORIA.—(*Hace la cuenta sin atenderle, hablando consigo*). ...dos meses. Eso cuesta concluir una sola página. (*Al aprendiz*). ¡Dos meses digo, Lorenzo! (*Coge un libro*). Pablo, ¿quieres leer aquí? Son normas de nuestro oficio.

PABLO.—“Para poner oro o plata, tomad...”

MAESE DORIA.—Más fuerte y más claro. Que tu voz se apodere del ánimo.

PABLO.—“Para poner oro o plata, tomad clara de huevo batida sin agua, y extendidla con un pincel seco en el lugar que debe ocupar el oro o la plata.

Humedeciendo con la boca la cola del mismo pincel, tocad un ángulo de la hoja cortada; levantándola entonces con rapidez extrema, la colocaréis sobre el lugar preparado y la extendereís con un pincel seco. En este momento hay que tener cuidado con el aire: retened el aliento..”

MAESE DORIA.—Basta, Pablo. (*Cogiéndole el libro*). Retened el aliento.. (*Busca el párrafo y lee*). “retened el aliento, porque, si respiráis, perderéis la hoja y la encontraréis con suma dificultad...” Doctrina de reportación es ésta: contener hasta el hálito, el soplo de vida, para ejecutar una obra. Mucho pueden aprender quienes tienen la voz más pronta que la mente.

LORENZO.—(*Dándose por aludido*). ¡No sabéis de cuánto sosiego está hecha mi vehemencia!

MAESE DORIA.—¡Ni de cuánto arretrato mi calma! — ¡Y ya me hiciste caer en la celeridad que te censuro! — ¡No he querido replicarte, ¿oyes?! Otro cualquiera puesto a enseñarte las leyes del oficio, ya tendrías las orejas subidas de color: un buen tirón de ellas y algún sopapo no te lo hubiera perdonado nadie. ¡Tampoco quiero regañarte, ¿entiendes?! Volvamos a nuestro empeño. Dos meses tardamos en hacer una miniatura, ornato del libro y recreo de la vista. Un retraso providencial, la falta de colores, me ayudó a mejorar

mi última obra. Dios y ayuda, años enteros, le cuesta al árbol su fruto. Todo proclama la ley de la paciencia y a ella hemos de acogernos. (*Pausa breve*). Tú Pablo, puedes marcharte. Es tarde, sé que te aguardan; vete y no me digas nada, pues sigo con el muchacho. (*Sale Pablo*). Soy viejo: mírame las manos asarmentadas, tembloronas como un perro mojado. Mas déjalas que tomen el pincel o el carbón: la línea recta, el cuadrado y el círculo, el perfil de una cara o el contorno de un labio, y esas formas de la inconstancia —los vestidos al viento o el correr de las aguas—, cuanto existe, fijo y cambiante, agitado y tranquilo, surgirá de mis dedos sin error en el trazo. No canto mi propia alabanza; digo que hemos hablado de la paciencia y debes conocer el sometimiento. ¡Aprendiz, que la línea obedezca aunque el pulso vacile, porque el trabajo y la perseverancia domeñaron los brutos errores! Cuando llegaste a nuestra hermandad, tu mano era incierta, negada a obedecer aquello que los ojos le proponían...

LORENZO.—No, maese Doria. Mis ojos, ignorantes de su verdadero oficio, no escudriñaban la hermosura del vasto mundo.

MAESE DORIA.—¡Detén el aliento, aprendiz! ¡Domina tu ligereza! Veinte, y cien, y mil veces te hice repetir letras y mo-

delos semejantes, por moderar tu desorden. Cobraron virtud las manos con el continuo ejercicio; dóciles siguen ahora el designio de tu voluntad, y los trabajos, con el tiempo, te han de parecer mejores. A la disciplina será debido.

LORENZO.—Engañado estáis, maese. Hoy me encuentro descontento de mi trabajo de ayer. Cuanto más tengo, más pido.

MAESE DORIA.—El que se humilla, será ensalzado, dice el escrito. Parece que eso no reza para ti. Las ambiciones que ostentas son contrarias a la humildad de nuestro oficio. ¿De qué te vale haber dominado la mano, si no vences a tu enemiga, la imaginación, licencia del espíritu? Recuerda, Lorenzo, que el caballo, con la dureza del freno, pasa de la libertad a la armonía. Digo la obra del sometimiento, porque antes expuse la de la paciencia. Es tiempo que hablemos de tu labor. Puse mis ojos en esas láminas, ¿qué pudieron apreciar?

LORENZO.—Menores imperfecciones de las que yo les conozco.

MAESE DORIA.—So la capa de modestia se descubre tu arrogancia. Grandes errores y descarríos advierto. Perfecta es la obra del Señor, glorifiquémosla. Nuestra costumbre la perpetúa; sigamos la norma de nuestros padres, que repitió la de sus mayores, y así debió

ser hasta la noche de los tiempos. Desacato nuestro sería modificar la regla establecida; buena es, porque es bueno el designio de Dios. Y tú, aprendiz, ¿cómo sigues los preceptos?

LORENZO.—Vuestras palabras dan frío. Traen el aire de la muerte. La vida es cambio, no costumbre. Sólo me siento existir en cuanto altero las normas adquiridas.

MAESE DORIA.—He dado oído a otros jóvenes; sé que hablan como tú. ¿Adónde nos llevaréis? Enterramos las semillas, y germinan, y dan plantas de siempre idéntica forma. Los recentales serán terneros, y los terneros, novillos, y éstos, a su tiempo, convertidos en toros semejantes a otros toros, tendrán nuevos recentales, porque la vida es perpetuación; quiero decir, mantenimiento, y no cambio.

LORENZO.—“La senda de los preceptos es larga; la de los ejemplos es más corta y más segura”.

MAESE DORIA.—¿Qué palabras te oigo? Se me figuran extrañas a tu modo de pensar.

LORENZO.—Las ví en uno de los libros copiados por ejercicio.

MAESE DORIA.—Ah mi aprendiz desvariado, puesto en dos cosas a un tiempo: la pluma, obediente a la caligrafía; el sentido, atento al significado de las palabras. ¿Quién le cortará las alas a tu eterna rebeldía?

Largo silencio. Entra Isabel Doria por la derecha. Maese Doria, con un gesto, decide la salida de Lorenzo.

ISABEL DORIA.—Padre, ¿dónde está Celia, mi hija?

MAESE DORIA.—Dios lo sabe.

ISABEL DORIA.—De cierto.

MAESE DORIA.—Hija, ¿dónde estoy yo?

ISABEL DORIA.—Ahí, erguido, ante mis ojos.

MAESE DORIA.—Isabel, dime, ¿qué miro?

ISABEL DORIA.—(*Siguiendo el movimiento del anciano*). Las hojas de ese misal. Las vigas en la techumbre. El santo suelo.

MAESE DORIA.—Estoy mirando a la niña que fuiste tú en otros tiempos. Juegas, jugabas con los dos animalillos que te había dibujado: un borrico y un toro. “Ta, ta, mu”, les decías, “ta, ta, mu”, mientras yo me preguntaba: “¿Dónde estará mi pequeña?” Y te tenía a la vista. ¿Dónde se encontrará Celia? (*Acercándose a una ventana*). Mírala bajo los arcos, pero dónde está, en verdad, sólo Dios puede saberlo.

ISABEL DORIA.—¿Habrà otra pena mayor? Aún no alienta el hijo y ya le estamos alimentando con nuestra sangre y nuestro dolor. Lo echamos al mundo, recibe el sacramento del agua y la sal, y existe en nuestra comunidad. Cuando es un crío nos pertenece: se nutre de nuestro suco, le enseñamos a plantarse en dos pies, a moverse, a esperar. Pero un día llegado, nos habla al-

gunas palabras, adquiridas por sí mismo, donde sea, en cualquier parte, ¡y el hijo se nos ha ido! Crece, cobra fundamento, y la madre reclama en vano: "Sangre mía, carne mía, ¿dónde estáis?"

MAESE DORIA.—Mala piedra para edificar son las lamentaciones. ¿De qué te quejas? No sólo se nos escapan los descendientes de la carne, sino aquellos que el espíritu forma: los hijos y los discípulos. Ahora mismo, el aprendiz seguía su propia gana, desentendido de mis consejos.

ISABEL DORIA.—¿Será igual cosa? El cuerpo sufre, pero no el entendimiento. Y la pena viene por los hijos que ha parido el cuerpo.

MAESE DORIA.—Nos duele el alma. La conciencia remuerde y estraga más que las llagas de la carne.

ISABEL DORIA.—Acallaría mis protestas si mi hija fuera como las demás: entretenida en el cuidado de la casa o en la labor de sus manos. Pero tiene otros deberes. Allá va, en busca de los enfermos, donde los haya. Y los mendigos y los necesitados, y aquellos hartos de males, y todos los solicitantes del prójimo encuentran audiencia en ella. ¿Ésa es la propia faena que conviene a una muchacha?

MAESE DORIA.—La compasión sólo anida en los escogidos.

ISABEL DORIA.—De mí, ¿quién se compadece?

MAESE DORIA.—El Cielo.

ISABEL DORIA.—Está muy alto.

MAESE DORIA.—Bueno es. Aspirar a él enaltece.

ISABEL DORIA.—Ha elegido a mi muchacha, descuidándose de mí.

MAESE DORIA.—Es muy viejo que los padres quieran el bien de los hijos.

ISABEL DORIA.—Soy vuestra hija; ¿qué bienestar me procuran esas palabras?

MAESE DORIA.—El goce de la resignación.

ISABEL DORIA.—Goce, no. Llamadla pena. o trabajo, o aquello que más os plazca, porque mi conformidad no está hecha de renuncia, sino de combate.

MAESE DORIA.—Si es tu cruz, le daré nombre de cruz; y basta, no se hable más. ¿Has sentido?

ISABEL DORIA.—Nada. Este fragor de mi pendencia escucho.

MAESE DORIA.—La presencia de un extraño se manifiesta con signos. ¿No la notas? Alguien llega. (*Largo silencio*).

ISABEL DORIA.—Padre, no habéis acertado. Fueron vanas presunciones.

Bárbara Fidele entra por la derecha.

BÁRBARA FIDELE.—Que Dios os guarde y ampare. Decidme, gentes de bien, ¿dónde se encuentra Lorenzo? En el día os lo confío; el pan comparte y la honra de vuestro acompañamiento. ¿No es la hora de que vuelva al calor de su vivienda?

MAESE DORIA.—He aquí otra madre en pesquisa, seguidora de la cría.

BÁRBARA FIDELE.—El muchacho se consagra a su menester. Eso alegra. De sus adelantos no entiendo, pero me gusta sentirlo absorto en su ocupación.

MAESE DORIA.—Olvidado de sí mismo, navega los mares de su fantasía. Vais a ver. (*Desde la puerta de la izquierda*). Lorenzo, tu madre inquiera dónde estás. (*Más fuerte*). ¡Hola, Lorenzo, ¿no respondes?! (*Volviéndose*). Miradlo al acalorado, desentendido de la voz de su maestro. El trabajo le suspende; diría mejor, lo derriba, avecilla caída en el embeleso del espejuelo.

BÁRBARA FIDELE.—De casta le viene al mozo. Tuvo padre trajinero; ignorante de la sombra en el estío, desconocedor del fuego en el tiempo de las nieves. ¿Qué más? Mi lengua no se hizo para las alabanzas, pero bien lo conocisteis.

MAESE DORIA.—Fué constante y ancho, como un gran brazo de río, y con muy poco hizo mucho, y siempre supo olvidarse de lo bueno propio y de lo malo ajeno.

BÁRBARA FIDELE.—El linaje no se niega. Así Celia; en su levantada voz siento la sabiduría que nos dan los muchos años y el conocer que se obtiene con haber corrido mundo.

ISABEL DORIA.—(*Sombria*). Años que no estuvo conmigo. Pasos que no le enseñé...

BÁRBARA FIDELE.—¿Que te amargan los elogios?

ISABEL DORIA.—Júzgalo por mis palabras. Cuando mi marido murió en la guerra santa, ¿dije algo? Nada. Ni siquiera abrí la boca. Joven y gallardo fué a luchar con el hereje; era su deseo y había de acatarlo. Pasó a mejor vida. Dios lo quiso. Puse un muro a mis protestas y me conformé. La resignación me vino porque allá dentro, en la hondura, tuve que acallar un grito..

MAESE DORIA.—¡Hija!

ISABEL DORIA.—Un grito que se sofoca, ésa es la resignación. El que acata sin protesta tiene nombre de borrego.

BÁRBARA FIDELE.—Y quien como tú se expresa es blasfemo declarado, enemigo manifiesto de nuestra sagrada fe.

ISABEL DORIA.—Blasfemia se llama ahora el sufrimiento que me consume. ¡Oh qué bella designación para mi pena!

MAESE DORIA.—¡Evita la mofa, hija!

ISABEL DORIA.—¡Oh qué hermosura de palabra! Mofa es la designación que conceden a mi angustia. (*Cambiando*). Cuando mi marido encontró la muerte, me dije con la voz de Job: “Dios me lo dió, Dios me lo quitó; bendito sea su santo nombre”.

MAESE DORIA.—Bendito y alabado sea, porque te puso en el buen camino, y venciste a la tristeza y al dolor desordenado.

ISABEL DORIA.—¡Cómo os engañáis, mi padre!

MAESE DORIA.—Bendito y alabado sea, porque triunfó esa voz sobre tus llantos, volviéndote a la costumbre, al rezo, al cuidado de tu Celia.

ISABEL DORIA.—Triunfó mi hija, no el texto de los consuelos. ¿Qué poseía sino ella? Regresé a la vida para orientarla hacia el norte de la rectitud y del temor de Dios. Eso le di: religión, devociones; la espera y la esperanza.

BÁRBARA FIDELE.—¡Alégrate, Isabel, que has cosechado con creces! ¡Terreno fértil sembraste! ¡Beneficiosa es la mano de Celia, alumbradora de fuentes! ¡Cuán remontado el vuelo de su palabra, servidora de la fe como no hay otra!

ISABEL DORIA.—Tú lo has dicho al hacerle esa alabanza. La devoción que le di me la quita de las manos y se la lleva por donde no puedo seguirla.

BÁRBARA FIDELE.—Esa será tu alta gloria y mayor merecimiento: haber entregado al Cielo el hijo que recibiste.

ISABEL DORIA.—No es gloria o merecimiento, sino pena, y de las grandes.

MAESE DORIA.—¡Isabel, no sigas!

ISABEL DORIA.—¿Hasta cuándo he de estar muda? Ya os lo dije: callé cuando mi marido tuvo muerte por nuestras creencias. Pero ahora no, es diferente. Si necesario fuera, lucharía con todas mis fuerzas porque aquello que más

quiero, la fe, no me arrebate lo único que poseo, mi hija. En mí se despier-
ta el grito, la reclamación de antaño.
Ya soy campo de batalla. Sentid cómo
se me apodera la discordia.

BÁRBARA FIDELE.—Te protegeremos del mal
pensamiento. Y si persistes en tu obs-
tinación y mantienes ese encono, re-
cuerda: contra las largas de lengua
están las lenguas de fuego.

ISABEL DORIA.—¿Qué insinúas?

BÁRBARA FIDELE.—Hablo abiertamente. El
fuego todo lo purifica. Muchas hogue-
ras ardieron por menos.

MAESE DORIA.—Eres madre de tu hijo y tu
hijo es hijo tuyo.

BÁRBARA FIDELE.—No me propongáis enig-
mas. Palabras que ni os acercan ni nos
comunican, van contra su esencia mis-
ma. Son nada, propiamente aire.

MAESE DORIA.—Digo que el mucho ardor
os hace enardecidos. Igual violencia
descubro en tu persona y la suya.

BÁRBARA FIDELE.—Toda mi pasión es poca
para defender el credo.

ISABEL DORIA.—(*Despectiva*). Siempre ocu-
rre: los más débiles de fe buscan apo-
yo en el dogma.

BÁRBARA FIDELE.—¡Se atreve a llamarme
endeble, ella, la que proclamaba su po-
quedad ante el hijo!

ISABEL DORIA.—Como todas las madres.

BÁRBARA FIDELE.—Yo bien sé dónde está el
mío.

ISABEL DORIA.—Son jactancias.

BÁRBARA FIDELE.—Atareado; en su faena y conmigo.

ISABEL DORIA.—Haces alardes en vano. ¿Escuchó la voz de su maestro?

BÁRBARA FIDELE.—¿Vas a comparar? Mi voz le produjo sueños, apetencias, goces. Antes de que la entendiera le traía buen talante. Era de ver qué sonrisas provocaba su sonido, ya más alto, ya muy quedo, así remontado como llano. ¿Será igual dar vida a un ser y hacerle entrar en el mundo por el hilo de la voz, que hablarle, como el maestro, de normas y preceptivas?

ISABEL DORIA.—Inútil es nuestro imperio cuando el hijo sale huído.

BÁRBARA FIDELE.—La sangre sigue a la sangre. Es de ley.

ISABEL DORIA.—Que no se cumple.

BÁRBARA FIDELE.—Siempre. Si no fuera así, ¿de qué servimos nosotras? Me pongo a prueba. No dudes. Verás dónde está mi hijo. (*Se acerca despacio a la salida de la izquierda. Pronuncia a media voz el nombre del aprendiz y se retira lentamente, de espaldas, los brazos en la actitud de las anunciaciones que pintaron los primitivos. Hay un profundo silencio*).

LORENZO.—Madre, ¿estabais en nuestra compañía?

Dice, y da un solo paso cuando cae el

T E L Ó N

C U A D R O S E G U N D O

Lugar eminente y umbrío, abierto hacia un ancho panorama. Sobre el pretil que corre al fondo se distinguen laderas variopintas: verdes, rubias y ocre.

Las dos aguadoras descansan en un banco de mampostería, sus cántaras adosadas al muro.

AGUADORA PRIMERA.—(*Se levanta, repentinamente. Queda en suspenso*).

AGUADORA SEGUNDA.—¿Otra vez vuelven tus miedos? ¿Qué puedes temer ahora?

AGUADORA PRIMERA.—¿Ese rumor en las ramas?

AGUADORA SEGUNDA.—El viento.

AGUADORA PRIMERA.—¿Es suyo ese hálito, suyo ese soplo secreto y acariciador? ¿El viento, como un alma huída, nos habla desde la altura?

AGUADORA SEGUNDA.—Finge voces y en cada ramo de hojas murmura blandas palabras.

AGUADORA PRIMERA.—El viento finge palabras... Así dicho, todo parece sencillo... (*Tras una pausa. Aludiendo a las cántaras*). ¿Sabes tú que llevaremos ahí dentro?

AGUADORA SEGUNDA.—El agua limpia.

AGUADORA PRIMERA.—¿Llamas agua al milagroso licor que cura a los ulcerados, devuelve la vista al ciego y mueve a los impedidos?

AGUADORA SEGUNDA.—No tiene otro nombre.

AGUADORA PRIMERA.—(*Consigo*). Sanamos de nuestros males y lo atribuyen al agua... Nos hablan desde las ramas y es el viento... (*Suspensa*). ¿Escuchas ese murmullo?

AGUADORA SEGUNDA. — Tranquilízate. No tiembla una hoja y los trigos ya serenan.

AGUADORA PRIMERA.—¿Cómo he de vivir con calma, sufriendo tantos misterios? El secano, pardo y duro, ardía muerto de sed, mas Celia tendió las manos, y hoy los campos y rebaños se apacientan en un brote de agua dulce. Y aquí mismo, a pocos pasos, Celia hizo surgir de la tierra ese otro manantial, alivio de las enfermedades, la salvación de los cuerpos. ¿Qué nos advierten tales prodigios? (*Se detiene un momento*). Todo se halla trastornado. ¿Oyes las trompas de caza? No suenan, cual otras veces, con alegría, mas broncas y destempladas parecieran lamentarse, ¿de qué?, ¿por quién? (*Volviéndose bruscamente*). ¡Marcela! (*Llega Marcela —paso, mirada y ademanes de ciega—. La acompaña el Lazarillo*).

MARCELA.—¿Qué te sorprende?

AGUADORA PRIMERA.—(*Tras una pausa*).

Dudosa). No acierto... Quizá sea el lazarillo, tu acompañante. Has conocido la vista por el amor de Dios, al solo contacto del agua benéfica. Conducirte por el niño, como antaño acostumbrabas, burla parece al milagro.

MARCELA.—Soy una pobre ciega que se vale de su lazarillo.

AGUADORA PRIMERA.—Pues ¿no ves? ¿No sabes distinguirnos?

MARCELA.—Veo. En ver consiste mi ceguera.

AGUADORA PRIMERA.—No te entiendo.

MARCELA.—Obtuve la vista, y el aire crudo que me hacía llorar los ojos no lo encontré. Árboles, nubes y pájaros se volvieron diferentes al nombre que los designa. Y veo, y el fruto es distinto de su sabor, y los colores no corresponden a la aspereza o tersura de las cosas creadas. Y veo, y me siento ciega en un mundo inexplicable. ¡Hasta yo misma soy otra de como me suponía!

AGUADORA SEGUNDA.—No reniegues del Señor. Su certera voluntad tiene que ser acatada.

MARCELA.—Todos los días llego hasta el manantial para mostrarle mi gozo. Gracias le sean dadas por esta dura prueba a que me somete, volviéndome ciega de rara ceguera. Hace noches, la primera en que veía, fui a tentar el firmamento con las manos; engañada, quería coger los astros...

LORENZO.—(*Que llega*). Bien hiciste. Pre-

tende los imposibles. Todo te parezca poco.

MARCELA.—Vengo del reino de la humildad, de las tinieblas.

LORENZO.—Lleva lejos tus deseos. Asómate a los espacios por los ojos, balcones de la ambición.

MARCELA.—Vengo del reino de la modestia, de la medida.

LORENZO.—Afina y templa tu vista como un instrumento músico. Ya puedes valerte sola, sin la compasión de nadie.

MARCELA.—Vengo del reino de la caridad. Cuando el niño me dejaba, nunca me faltó una ayuda en mi camino. Hubo alguien que me orientó muchas veces, enderezando mis pasos, conduciéndome, paciente. Dios le pague y corresponda, pues no sospecho quién fuera.

LORENZO.—Por faltarte la mirada no pudiste descubrirlo.

MARCELA.—Pude y no quise.

LORENZO.—¿Estás cierta?

MARCELA.—Preferí desconocerlo. Así, cuando me llegue la hora de la caridad, supondré que fuisteis todos y a todos daré mi ayuda.

AGUADORA PRIMERA.—Marcela, ¿cómo, sin ver, lograbas reconocernos? ¿Con qué potencia lo hacías?

MARCELA.—Probaré, si soy capaz. Simularé mi ceguera.

AGUADORA SEGUNDA.—¡Espérate! ¡No lo intentes!

MARCELA.—¿Qué mal puede haber en ello?

AGUADORA SEGUNDA.—¡Guárdate! ¡Su curiosidad te obliga!

MARCELA.—¿Y qué? (*Por Lorenzo*). ¿Acaso no es necesario convencer al descreído? (*Se desentiende del grupo. Habla muy pausadamente*). Cierro los ojos. Soy sólo un lugar oscuro. Aguardo a que mis manos se encuentren. La una da forma a la otra. Ya existen. Ya me iluminan. Reconozco mi figura. Mi rostro; en él mis ojos inútiles, sólo necesarios para el llanto. Ya estoy hecha, ya estoy ciega. Acercaos a mí. (*Llega una muchacha y se aproxima al grupo*). Ven tú, quien seas, y te daré nombre... (*La muchacha se acerca a Marcela. Ésta la recorre con las manos; expresa desconcierto; reitera sus pesquisas*). Celia, ¿tú aquí? (*Retrocede sorprendida*).

CELIA.—¿Todavía usas las manos en el arte de reconocernos?

MARCELA.—Probaba que para ver no es necesaria la luz de los ojos. En un alarde, por juego, quise fingir ceguera. ¡Nunca lo hiciera, Dios mío! Pude haber sido penada, sumiéndome en las tinieblas la voluntad del Señor.

CELIA.—Él dispone de nosotros. Por sus bondades fuiste favorecida.

MARCELA.—¡Tú lo has dicho! Y por mis flaquezas me pudo venir castigo. ¡Dios me ampare! ¡Él me proteja contra nuevas asechanzas! (*Inicia la salida*).

AGUADORA PRIMERA.—¡Aguarda, Marcela!

¡Escucha! ¡Dónde vas tan repentina?

MARCELA.—Debo llegar a la fuente. Allí lave mis dolores y consiga penitencia. Allí proclame mi arrepentimiento. (*Salte con el Lazarillo*).

AGUADORA PRIMERA.—Yo fuí la culpable, Celia. Hice que simulara ceguera. ¡Dí que vas a perdonarme!

CELIA.—¿He de perdonarte yo? No se me alcanza el por qué.

AGUADORA PRIMERA.—(*Agitadísima*). Le di mala tentación, obligándole a negar las virtudes de tu fuente, que le devolvió la vista. Yo no quise, Dios lo sabe, yo no quise llegar hasta el desacato, pero la inocente prueba, sin pensarlo, se convirtió en muy amarga impiedad. (*Tras recoger su cántara*). ¡No me miréis! ¡Que no sienta ni vuestra mirada! ¡Renegadme, y sufra y expíe mi condenación! (*Huye*).

AGUADORA SEGUNDA.—(*Que ha recogido su cántara*). Quedad con Dios. Voy tras ella. Todo el día está dominada por los miedos. (*Sale*).

Un largo silencio.

LORENZO.—(*Adelantándose hacia Celia. La saluda con una leve inclinación*). ¡Loada seas, la muy gentil!

CELIA.—Hola el huído, el ido, el extravagante.

LORENZO.—El fijo, el firme, el seguro en sus propósitos.

CELIA.—El olvidado de su taller, de sus

pasados trabajos... ¿Quién te acosa sin cesar?

LORENZO.—¿Quién pudiera conocerlo! ¿Qué fuerzas arrebataron a la aguadora y Marcela, lo sabes tú por ventura?

CELIA.—Ya no iluminas los libros piadosos, ya no acatas los preceptos del anciano, maese Doria, hombre del oficio; tu guía, lumbrera de tus desvelos.

LORENZO.—En los lugares abiertos tengo nuevas enseñanzas. Pasamos junto a la piedra ignorada, próximos al animalillo inútil o cerca del hierbajo insignificante, mas fijémonos en ellos con asombro: el mundo será distinto al descubrirlo de nuevo.

CELIA.—Fatuidad grande es la tuya. Nada se puede alterar sin la voluntad divina. Aceptemos como son y donde quedan las cosas que Dios creó.

LORENZO.—Bien has dicho, pues te puso ante mis ojos y no en cualquier otra parte.

CELIA.—Porque soy la más miserable de las criaturas han reparado en mi persona. ¡Aquí está el hierbajo insignificante!

LORENZO.—¡Aquí está la gloria del día!
¡Su propia iluminación!

CELIA.—El animalillo inútil, que se aplasta sin remordimiento: ése soy.

LORENZO.—La flor extraña, revelada misteriosamente; la siempre incomparable, tal me pareces.

CELIA.—Pobre de mí, ¿qué mal hice, pues recibo tan crecidas alabanzas?

LORENZO.—Toda mi vida te las quisiera decir.

CELIA.—Para tu compañía me destinaron. Fué decisión del maestro, el contento de mi madre y mi mayor voluntad. Pero un día, un día, ¿dónde se fué el esperado?

LORENZO.—Me aparté de mi trabajo por no sufrir la costumbre. Otras fuerzas me empujaron. Sígueme. Álzate sobre ese muro que nos impide y separa.

CELIA.—Tuviera poder bastante y no lo haría.

LORENZO.—Mi brazo es fuerte.

CELIA.—De nada sirve.

LORENZO.—Mi ánimo es grande.

CELIA.—Aunque lo sea.

LORENZO.—Mi corazón muy seguro.

CELIA.—Mantenlo firme en esta difícil prueba.

LORENZO.—Pugnaban dos caballeros. El uno ondeaba la cimera azul, emblema de la fidelidad. (*Alude a la pluma de su sombrero*). Su adversario destacaba el color verde: tu divisa, muestra del amor continuo. (*Se refiere a la falda de Celia*).

CELIA.—(*Señalando su corpiño*). Mi divisa: el amarillo. Míralo. Signo del tiempo en otoño; el afecto amortecido, la esperanza mustia y seca.

LORENZO.—Eres fácil en evadirte.

CELIA.—¿Qué puede hacer el endeble ante el sobrado de fuerzas?

LORENZO.—No huyas. Mira el alrededor. Todo permanece inmóvil. Quieto el cielo, como un gran abismo al que pudiéramos caer hacia arriba, y el campo contiene su respiración aguardando tu palabra.

CELIA.—¿Y qué importa mi palabra, y qué significo yo, la criatura dichosa, ante la muchedumbre del dolor ajeno. (*Se siente un canto coral, allá lejos*). ¿Escuchas? Los deseosos del favor de Dios suben cantando sus himnos. ¡Óyelos llegar con ansia, dominados por la fe!

LORENZO.—Nuevamente me huyes, Celia.

CELIA.—No. Esta vez aguardo en firme. Pertenezco a quienes sufren los rigores de su cuerpo.

LORENZO.—El río de la carroña y de las dolencias, el asco de las carnes inmundas, la furia de los ulcerados va en busca del manantial, para sanar de sus males. Ese caudal de podridos te requiere.

CELIA.—Tenlos por tus semejantes.

LORENZO.—¿Has de consagrarte en vida a todo lo astroso y pobre? Más te siento junto a las hermosuras creadas por Dios que entre miserables y adolecidos.

CELIA.—¿Lo feo y lo hermoso? No te entiendo. ¿No son bellos los labios corroidos por el mal, si en ellos se anuncia una plegaria? ¿Y no hay hermo-

sura en la cabeza del tiñoso cuyo pensamiento es remontado? Fácil es amar a cuanto sentimos sobre nosotros, mas es grato dar nuestra concordia al menesteroso de ella.

LORENZO.—Siendo así, ¿por qué desdeñas a quien te muestra su rendida voluntad?

CELIA.—El afecto que distrae de las otras caridades no es amor, por vanagloria lo tengo.

LORENZO.—Antaño, tus razones me servían para guardarme de todo. Ahora, ¿con qué me defenderé de ellas?

CELIA.—Lorenzo, interrógate. Busca por ti una respuesta.

LORENZO.—El caballero de la divisa azul abandona el campo.

CELIA.—¿Teme contaminarse del mal ajeno? ¿Huye de los cuerpos desastrados y enfermos?

LORENZO.—No. Estuve esperando a que pronunciaras mi nombre. Ahora ya sé cómo suena y se estremece en tus labios, dándome nuevo bautismo. Celia, quedarás con Dios, mas conmigo también vienes. (*Sale*).

Celia se mantiene en recogida actitud, mientras la escena se puebla de hombres y mujeres adolecidos. Entran despaciosamente, llenándose el lugar con la espesura de sus cuerpos, sucios, renegridos por las miserias de la pobreza y de la enfermedad. Situándose al fondo, forman un grupo erizado de

*hirsutas pelambreras, flacos miembros,
y bastones y muletas y otros apoyos.*

LOS DOLIENTES.—

—¡Aquí se encuentra la prodigiosa!

—¡Necesitarla y hallarla, todo es uno!

—Por la gracia de Dios fué tocada;
ella la derrame sobre nosotros.

—Ella la derrame.

—Óleo santo para nuestras llagas, tal
parecen sus bondades.

—Tal parecen sus bondades.

—Alimento y consuelo de nuestros co-
razones.

—Júbilo y dicha y menester de los
adolecidos.

ALGUIEN.—(*Entre el gentío. Con vehemen-
cia*). ¡Celia!

CELIA.—(*Saliendo de su ensimismamiento*).

¿Quién me nombró? (*Silencio*). ¿De

dónde nació ese grito? (*Otro silencio*).

¿Calláis? Vuestra comunión se ha ro-

to. Fuisteis una sola voz, el unánime

cántico de alabanzas al Supremo, y

ahora, al no responder palabra, la so-

ledad os distancia. ¿En qué boca ig-

norada se pronunció mi nombre? (*Se*

adelanta Isabel Doria). ¡Madre, no os

había reconocido!

ISABEL DORIA.—¡Imagen de mi fracaso, hi-

ja esquiva que sólo me distingues por

la presencia! ¡Y yo que te había nom-

brado con el acento más entrañable!

CELIA.—¿Qué os trajo, madre, a tan lejano

lugar?

ISABEL DORIA.—A mí me toca saber tu mi-

sión en este sitio. Respóndeme la pregunta.

CELIA.—Mis obligaciones cumplo. Sirvo a Dios. A mis hermanos auxilio hasta quedar sin aliento.

ISABEL DORIA.—¿Y nunca será llegada la hora de tu descanso?

CELIA.—Dios conoce de nosotros aún más que nuestras cabezas. A unos les dará el sosiego; a otros la continua lucha. Nadie le haga sedición.

ISABEL DORIA.—(A los dolientes). Sentidla en toda su altanería. ¿Qué entenderá esa criatura de los negocios de Dios?

CELIA.—Nada, madre. Mi destino es ensalzarle libremente, como Él me da a entender.

ISABEL DORIA.—Bien has dicho. Como un perro, así le sigues. Vas detrás de tus propias ignorancias; como un perro acude a la palabra que le nombra, cuyo significado ignora.

UNO.—Sois dura con la muchacha.

ISABEL DORIA.—No, sino demasiado melindrosa. He aceptado conversación con ella, sin hacerle sentir el peso de mi mandamiento.

OTRO.—Isabel, guárdate de amenazar a nuestra Celia.

ISABEL DORIA.—¿Vuestra? Nada más me quedaba por oír. Es de su Dios, dice ella; es vuestra, afirmáis vosotros; pero, ¿quién le ha dado el ser?

UNA.—¿Y quién nos ha concedido su amor?

OTRO.—Cierto. Pertenece a aquello que amamos. La muchacha es de los adolecidos, porque nos cuida y conforta.

ISABEL DORIA.—Ladra el perro, grazna el cuervo y el pavo real lanza su grito estridente. A cada cual su lenguaje, y el vuestro es el del amor.

OTRA.—Arguyes de mala fe.

ISABEL DORIA.—Porque mi lengua es la del sufrimiento, no reconoce el freno del seso.

OTRO.—Ven aquí, ruega con todos nosotros y serás compadecida.

OTRA.—Juntemos nuestro dolor. Compartamos la desdicha, así encontrarás consuelo.

ISABEL DORIA.—El Señor me ampare contra esos requerimientos. Él me dé fuerzas para dominar mi piedad. Él me auxilie en este rudo combate.

OTRA.—¡Tales ideas te las inspira el Maligno!

OTRO.—¡Te condenas de fijo, mujer! ¡A la hoguera vas derecha!

ISABEL DORIA.—¡El Señor me mantenga en lucha contra vosotros, y contra Él, y contra quienes usurpen mi poder sobre la hija!

OTRO.—¡Blasfemias te salen de la boca!

OTRA.—¡El daño anuncian, como el silbido de la serpiente!

OTRO.—¡En sierpes se le conviertan y sus palabras ahoguen!

OTRO.—¡Que estrangulen su garganta si profiere otras malas herejías!

CELIA.—(*Al grupo*). ¡Callad! ¡Que cesan ya las injurias! (*A Isabel Doria*). Haré cuanto vos queráis. Nunca he resistido vuestro designio. Poned fin a este suplicio lamentable.

ISABEL DORIA.—(*Al grupo*). ¡Siga, siga la letanía! ¡Tened valor; repetidme las voces de maleficio!

OTRO.—¡Silencio! ¡Silencio, todos! (*Refiriéndose a alguien que no se ve*). ¡Escuchadla! ¡Quiere hablarnos!

OTRA.—¡Dominada parece por el espanto!

OTRO.—(*Acercándose al extremo de la escena*). ¡Acércate, la muchacha! ¡Confiésanos tus temores!

MARCELA.—(*Llega seguida del Lazarillo*). ¡Sentí pánico al mirarla! Manaba casi alegre, a borbotones, cantando su espesa canción. Roja surgía en el brote, roja en la viva corriente.

CELIA.—¿Qué estás diciendo, Marcela? ¿Viste sangre?

MARCELA.—Bebía del manantial, haciendo un cuenco en mis manos. Bebía y el agua limpia en púrpura convirtiéndose. Era sangre. Daba miedo. ¡Qué rumorosa corría!

OTRA.—Anuncio del Cielo es ése.

OTRO.—Manifestación de Dios.

OTRO.—Guardémonos de faltarle en palabra y en obra y en pensamiento.

ISABEL DORIA.—Crédulos. ¡Qué fácilmente prosperan en vuestros corazones las palabras ligeramente dichas! Marcela no distingue los colores. Su testimonio

es vicioso. El niño merece crédito. (*Al Lazarillo*). Dínos qué viste en la fuente.

EL LAZARILLO.—El agua corriente y clara.

CELIA.—Bienaventurados los que no vieron y creyeron. Hombres de la buena fe, atended las advertencias divinas. Sangre manaba, estoy cierta. Creo en el triste presagio. En nuestra desventura creo.

Se hace presente Bárbara Fidele.

T E L Ó N

C U A D R O T E R C E R O

Antesala del Consejo del Santo Oficio. Dos puertas laterales y una al fondo. A la izquierda, una mesa con recado de escribir. Asientos junto a los muros.

EL CELADOR.—(Al Clérigo. Refiriéndose a Bárbara Fidele, que permanece apartada). Ahí la tenéis. Le he dicho que no es la hora ni tan siquiera el día conveniente. Que aguardara, y no tenía paciencia. Que os esperase en la puerta, y ha llegado hasta aquí dentro.

EL CLÉRIGO.—En mal trance me habéis puesto por no saber manteneros con la firmeza debida.

EL CELADOR.—Miradle a la cara. Ved cómo se le pinta la obstinación. En los ojos aun le duran los rescoldos de su fuego, centelleantes. Deducid por tales muestras cuál violencia la conduce.

EL CLÉRIGO.—¿Dijo con quién quería hablar?

EL CELADOR.—No lo sabe.

EL CLÉRIGO.—¿Conocéis, al menos, qué pretende en esta casa de Dios?

EL CELADOR.—No quiere decirlo.

EL CLÉRIGO.—Y bien, si es así y no dice lo

que quiere ni a quién busca, ¿puedo resolverle algo?

EL CELADOR.—Cuando me hallé en ese apuro, pensé: “Alguien más hábil que yo me sacará del embrollo”. Recurrí a vos y no sois capaz de nada...

EL CLÉRIGO.—(*Consternado*). Pero, ¿cómo he de arreglarlo? Decid cómo.

EL CELADOR.—(*Irónico*). Puesto que me lo pedís, os buscaré una salida. (*Reflexiona un momento*). Tentad la conversación. Por la puerta de la charla se franquean las personas.

EL CLÉRIGO.—(*Acepta y vacila. ¿Le parece burla? Por último se dirige a Bárbara Fidele*). Loado sea Dios.

BÁRBARA FIDELE.—Bendito sea.

EL CLÉRIGO.—¿Qué os trajo a este lugar de vocación y retiro?

BÁRBARA FIDELE.—Una gran carga, cuya pesadumbre tal agobia y abruma que me impide los sentidos, nublándome el pensamiento.

EL CLÉRIGO.—¿Puedo ayudaros a llevarla con bien o a desocuparos de ella?

BÁRBARA FIDELE.—Sí, si sois el que busco.

EL CLÉRIGO.—¿A quién habéis menester?

BÁRBARA FIDELE.—Al que vela por la pureza de nuestros credos, a ese busco. ¿Lo sois vos?

EL CLÉRIGO.—Con extremadas inquisiciones vigilé conductas ajenas. Mi celo trajo al redil a muchos descarriados.

BÁRBARA FIDELE.—No me es bastante. De-

cidme, ¿hay alguno de más altas dignidades que las vuestras?

EL CLÉRIGO.—Lo hay.

BÁRBARA FIDELE.—Llamadlo.

EL CLÉRIGO.—Sobre él se reconocen otros muchos superiores. Y sobre todos, Dios.

BÁRBARA FIDELE.—Traed al de mayor rango.

EL CLÉRIGO.—No sin saber el motivo.

BÁRBARA FIDELE.—Es algo que no podría deciros más de una vez.

EL CLÉRIGO.—¿De tal manera os afecta?

BÁRBARA FIDELE.—Más que mi propio vivir.

EL CLÉRIGO.—Adelantad cualquier seña. Una palabra es bastante.

BÁRBARA FIDELE.—Herejía.

EL CLÉRIGO.—Aguardadme. Vuelvo al punto. (*Sale*).

EL CELADOR.—Acerté, Bárbara Fidele. Mi sospecha se confirma.

BÁRBARA FIDELE.—Ni la menor intención he dejado traslucir.

EL CELADOR.—Vuestra fuerza demasiada, cuando luchasteis por conseguir audiencia, me pareció semejante a la canción que se entona para sofocar el miedo. Acerté, Bárbara Fidele, un gran terror lleváis dentro. El espanto que sentís os da fuerzas hasta para ocultarlo.

BÁRBARA FIDELE.—Serena me hallo, como nunca estuve. Si saliera al despoblado y me tendiera en la tierra, los cuer-

vos se arrojara sobre mí, creyéndome inanimada. Ni un respiro en el pecho, ni un parpadeo en mis ojos hablarían.

EL CELADOR.—Veo suficientemente. Primero, vuestra violencia; luego, los muchos rodeos en el habla. Tantos efectos contrarios, abiertamente denuncian qué estáis sufriendo en secreto.

BÁRBARA FIDELE.—Declaradlo.

EL CELADOR.—¿Para qué? Tengo muy vivo el recuerdo de otros acusadores.

BÁRBARA FIDELE.—¡No me deis ese mal tratamiento!

EL CELADOR.—¿Cuál?

BÁRBARA FIDELE.—¿Soy acusadora yo?

EL CELADOR.—¿Os designé de ese modo o lo hizo vuestro miedo? Yo nada dije. Hablé de otros denunciantes, no de vos. Hubo uno que pensaba en la víctima, tranquila, ignorante, yendo y viniendo en el ajetreo de sus quehaceres, ajena al daño que la esperaba.

BÁRBARA FIDELE.—Sois cruel como la luz del mediodía.

EL CELADOR.—Hablo de cosas corrientes: el delator sufre penas que le ocasiona su víctima.

BÁRBARA FIDELE.—¡No me la llaméis así, porque no voy contra ella! Y no soy acusadora. Llego a defender la fe, que es de todos, tanto mía como vuestra.

EL CELADOR.—¿Quién lo duda?

BÁRBARA FIDELE.—Vos. Y tenéis que creerme. ¿Podía guardar silencio sabiendo

que alguien faltaba a las leyes del Señor? Un mundo sin fin de gentes, un rueda inmenso de fieles se presentaba en mi pensamiento, reprochándome, censurando mi mutismo.

EL CELADOR.—Creo que la fe os conduce. ¿A qué esforzaros en convencerme?

BÁRBARA FIDELE.—Falso. Bien veo qué suponéis. Yo no busco el mal de nadie. ¿Iba a desear el daño de Isabel, mi constante compañía? Sólo quise liberarla del pecado.

EL CELADOR.—Ya os he dicho que no dudo.

BÁRBARA FIDELE.—¡Me estáis llamando acusadora! ¡Me lo estáis diciendo!

EL CELADOR.—Son quimeras de vuestra cabeza.

BÁRBARA FIDELE.—Son seguridades que tengo. Me faltaba conocer el nombre que merecí por cumplir con nuestro Dios. Ahora ya sé lo que soy: una triste acusadora, una mujer temerosa de su maldad, una cobarde que huye.
Entran el Inquisidor y el Clérigo, cerrándole el paso a Bárbara Fidele.

EL INQUISIDOR.—Que Dios te guarde, mujer. Su inspiración no te falte.

BÁRBARA FIDELE. — (*Retrocediendo turbadísima*). Así sea.

EL INQUISIDOR.—Habéis pronunciado una sola palabra: herejía.

BÁRBARA FIDELE.—No os mintieron.

EL INQUISIDOR.—Ante mí podéis declararlas todas. Libremente. Vengo a oíros.

(*Bárbara Fidele se mantiene silenciosa, retraída*). ¿Qué os detiene?

EL CELADOR.—(*Al Inquisidor*). El recelo la domina. Cobró miedo.

EL INQUISIDOR.—Huelga el temor cuando servimos a Dios con el ánimo rendido.

BÁRBARA FIDELE.—Más que obediente o sumisa, vine alegre, llevada por una gran fuerza. El caudal de mis creencias me impelía, me impelía y dentro de mí cantaba como un río de aguas hondas.

EL CLÉRIGO.—Así ha de ser.

BÁRBARA FIDELE.—Y así fué. Pero ahora se interpone mi conciencia, con escrúpulos nacidos aquí dentro (*se lleva las manos al pecho*), oponiéndose a la empresa que intentara.

EL INQUISIDOR.—Olvidaos de vos misma, que no es nada la persona ante el mandato de Dios.

BÁRBARA FIDELE.—(*Mirando a lo alto*). Su dedo me señaló. Su potencia me arrastraba. Mas, ¿qué se hizo, qué se hizo esa fuerza, humo desvanecido en el viento? ¿Por qué huyó, dejándome a solas con mi pobreza?

EL CLÉRIGO.—Para ponerlos a prueba. El Creador escoge a sus siervos y les asigna heroísmos.

BÁRBARA FIDELE.—Pero les deja el remordimiento, socavándoles el ánimo, haciéndoles padecer el rigor de sus acciones.

EL INQUISIDOR.—¿Lleváis torcidos propó-

sitos? ¿Os movió, junto a la fe, la animosidad, la envidia o cualquiera otra pasión? Sólo así puede venir remordimiento.

BÁRBARA FIDELE.—No penséis tan malamente. Me duelen mis intenciones porque son rectas. Al ser puras ya las he visto manchadas antes de haberlas expuesto. ¡Dejadme salir, siquiera! ¡Que no sienta convertidos en escoria mis deseos!

EL INQUISIDOR.—(*Inexorable*). ¿Quién faltó a los preceptos divinos? ¿Quién se apartó de los caminos de Dios?

BÁRBARA FIDELE.—Nadie. Nadie.

EL INQUISIDOR.—Dadnos el nombre de quien cayó en el pecado.

BÁRBARA FIDELE.—Me cortarían en los labios. Otras veces lo pronunciaron con amor. ¿Cómo me va a ser posible decirlo para su daño?

EL CLÉRIGO.—Daño, no. El bien suyo perseguimos. Buscamos su salvación.

BÁRBARA FIDELE.—¡Mi boca está muda!

EL INQUISIDOR.—(*Apremiante*). Debo conocer su nombre.

BÁRBARA FIDELE.—¡Nunca sonará aquí dentro! ¡A eso estoy determinada!

EL CELADOR.—Isabel.

BÁRBARA FIDELE.—¡Sepultad esa palabra bajo un monte! ¡Callad!

EL CELADOR.—Ya está dicha: Isabel.

BÁRBARA FIDELE.—¿Quién la delató?

EL CELADOR.—Vos fuisteis.

BÁRBARA FIDELE.—(*Desconcertada*). ¡No es verdad! ¿Qué burla es ésta?

EL CELADOR.—(*Al Inquisidor*). Antes dijo que a Isabel, su constante compañera, no podía denunciarla. De su boca lo escuché.

BÁRBARA FIDELE.—(*Rehaciéndose*). Ya lo veis. Digo cosas sin pensar. ¿Cómo se me va a hacer caso? Soy una mujer cuya cabeza no rige. Una atolondrada sin sentido. ¿Pueden servir de algo las declaraciones mías?

EL INQUISIDOR.—¿Quién es la Isabel nombrada?

EL CELADOR.—La que vive junto al puente nuevo. Mala fama tiene por sus licencias.

BÁRBARA FIDELE.—¡Dejadla en paz! ¡Nada hizo!

EL CELADOR.—O Isabel, la mujer del cardador. Peca de algo parecido.

BÁRBARA FIDELE.—¡No enredéis a otras personas! ¡Que no vengan a sufrir los inocentes!

EL INQUISIDOR.—En vuestras manos está.

BÁRBARA FIDELE.—¡Que no dependan de mí la vida y la muerte ajenas! Es demasiado exigirme...

EL INQUISIDOR.—De vos tan sólo depende la verdad.

BÁRBARA FIDELE.—¿Y qué haré si esa verdad no la siento?

EL INQUISIDOR.—Calladla. (*Un breve silencio*). Nosotros buscaremos a Isabel...

BÁRBARA FIDELE.—¿Sin mi guía?

EL INQUISIDOR.—Buscaremos.

BÁRBARA FIDELE.—Os podéis extraviar...

EL INQUISIDOR.—Buscaremos.

BÁRBARA FIDELE.—Pagarán quiénes carecen de culpa.

EL INQUISIDOR.—Nuestro deber es buscar.

BÁRBARA FIDELE.—(*Desesperándose*). ¡No confundirla con nadie! ¡A la hija del miniaturista me refiero! ¡Isabel Doria se llama!

EL INQUISIDOR.—¿De qué maldad la tacháis?

BÁRBARA FIDELE.—La de sentir muy entera su obligación ante el hijo.

EL INQUISIDOR.—Eso no constituye pecado.

BÁRBARA FIDELE.—Por ser la madre más firme, lucha contra aquello que la priva de su Celia.

EL INQUISIDOR.—¿Qué es?

BÁRBARA FIDELE.—La fe. (*Un largo silencio*).

EL INQUISIDOR.—Seguid. (*Otro silencio*). ¿Qué estáis aguardando?

BÁRBARA FIDELE.—(*Con miedo*). No puedo escuchar mi voz. Me acobarda. Suena como si no fuera mía. Dejadme hablar por lo bajo. (*Continúa al oído del Inquisidor*).

EL INQUISIDOR.—(*Al Clérigo*). ¡Es blasfema!

BÁRBARA FIDELE.—(*Muy suave*). No. Trátdala con más blandura. Con piedad. Todos la tienen por una buena mujer. El amor a su hija la conduce.

EL INQUISIDOR.—Son extraños descarríos. Guardaros de defenderla.

- BÁRBARA FIDELE.—Si no procuro ampararla de vuestra severidad, ¿quién me librará de mis angustias?
- EL INQUISIDOR.—Dios lo haga. (*Abriendo la puerta de la izquierda*). En la capilla podéis confortaros. (*Sale Bárbara Fidele. Al Celador*). Llamad a nuestro escribano. (*Sale el Celador. Una pausa*).
- EL CLÉRIGO.—Ahora comienza la dura tarea. El Señor quiera guiarnos con su certeza infalible.
- EL INQUISIDOR.—Muy difícil es juzgar las acciones, los errores de los hombres...
- EL CLÉRIGO.—...pues tanto como sus culpas, debemos considerar el interés de la Iglesia.
- EL INQUISIDOR.—¿Interés? En estos pasos difíciles, ¿ha de movernos nuestro provecho? Al justo le basta con su justicia. Yo me conformo con ella.
- EL CLÉRIGO.—Pero al Cielo quizá no le sea suficiente... Si nuestra severidad trae perjuicios a la Iglesia, ¿de qué nos puede servir?
- EL INQUISIDOR.—Me conocéis. Largos años llevo en estas actuaciones. Como siempre, desoiré cualquiera voz que no sea la de mi rectitud.
- EL CLÉRIGO.—Toda precaución es poca. Pensemos si nos conviene procesar a Isabel Doria.
- EL INQUISIDOR.—¿Qué impunidad se merece? ¿Acaso no es pecadora de herejía?
- EL CLÉRIGO.—Tened presente a su hija. Go-

za de gran influencia sobre la poblada entera. La siguen como a una santa.

EL INQUISIDOR.—¿Estáis seguro de su santidad?

EL CLÉRIGO.—No. De ello me guardaré mucho.

EL INQUISIDOR.—Sin embargo, yo estoy cierto de las culpas de la madre.

EL CLÉRIGO.—Andad con tiento. Si procedéis contra ella, se nos puede levantar la hostilidad de las gentes.

EL INQUISIDOR.—Bien está. Ha de haber gran valentía en luchar contra la fe, para asegurarse al hijo: es el heroísmo de Isabel Doria. Hay también resolución en esa mujer que acusa, venciendo estrechos afectos. Nuestra virtud se hallará en enfrentarnos al mundo con la justicia divina.

EL CLÉRIGO.—Obrad con mucha cautela, que ya pasaron los días de lanza y arremetida.

EL INQUISIDOR.—Estos, como todos, son tiempos de hacer cumplir el mandamiento de Dios.

Entra el Escribano.

EL INQUISIDOR.—(*Al Escribano*). Disponéos a tomar declaración. (*El Escribano se sienta junto a la mesa. Al Clérigo*). Puede volver el testigo.

EL CLÉRIGO.—(*Abriendo la puerta de la izquierda*). Entrad.

BÁRBARA FIDELE.—¿A qué me llamáis de nuevo?

EL CLÉRIGO.—Para libraros de vuestros agobios.

BÁRBARA FIDELE.—Ni en la oración encontré el sosiego que buscaba. ¿Váis a dármelo vosotros?

EL INQUISIDOR.—Con certeza. Sólo os falta confirmar la anterior declaración. Así quedaréis en paz.

BÁRBARA FIDELE.—¿Cómo se entiende? ¿Recobraré mi descanso repitiendo aquello que más me angustia, aquello que apenas pude confesaros una vez? Para quedarme serena, ¿debo acusar nuevamente a Isabel Doria?

EL INQUISIDOR.—Lo haréis por la fe que os guía. Decidme cómo os llamáis.

BÁRBARA FIDELE.—El celador me conoce.

EL CLÉRIGO.—Ved que no está.

BÁRBARA FIDELE.—¿Ni el nombre puedo guardarme? ¿Qué vais a dejar de mí? (*Un breve silencio. En voz baja*). Bárbara Fidele soy.

EL ESCRIBANO.—(*Lee mientras escribe*). “Ante nos, Fray Pedro de San Andrés, Maestro de Teología de la orden de los dominicanos, compareció Bárbara Fidele..”

EL INQUISIDOR.—Jurad sobre el Evangelio. Habéis de decir verdad.

BÁRBARA FIDELE.—Juro, y la diré sin falta. Yo, que vengo a delatar, soy un ejemplo de bondades, una sencilla creyente puesta al servicio de Dios; y mientras, Isabel Doria es hereje declarada, porque cuida de su hija, y la guarda y

la defiende de la fe, y tantas veces reniega del Señor como horas tiene el día..

EL ESCRIBANO.—Más despacio.

BÁRBARA FIDELE.—Sí, con mucha lentitud. He de repetir de nuevo, con calma, aunque cada letra sea un garfio que me desgarré y descubra, muy despacio, cuanto quisiera ocultaros..

T E L Ó N

C U A D R O C U A R T O

Antesala del Consejo del Santo Oficio. Se han suprimido los muebles que figuraban en el cuadro anterior. Dos guardianes, armados e inmóviles, custodian la puerta del fondo. Ambos han de permanecer callados algunos instantes, los necesarios para dar la impresión de un silencio que se prolonga desde mucho antes de iniciarse la acción.

GUARDIÁN PRIMERO.—(*Golpea el suelo con su lanza*).

GUARDIÁN SEGUNDO.—(*Que habla sin moverse*). Tú eres el culpable, el caído en falta. Desobedeciste las órdenes.

GUARDIÁN PRIMERO.—(*Que responde hecho una estatua*). Y tú has hablado primero. La pena es tuya si nos sorprenden.

GUARDIÁN SEGUNDO.—Se nos ordenó mantener silencio. ¿No lo quebraste con el ruido de tu lanza?

GUARDIÁN PRIMERO.—No.

GUARDIÁN SEGUNDO.—¡Que venga Dios y me diga si estos golpes (*da en el suelo con su lanza*) no acaban nuestro sosiego!

GUARDIÁN PRIMERO.—El silencio del hombre es el de la palabra. La fiera, para

guardarlo, anda con pasos mullidos, y el árbol deja de frotar sus hojas contra el viento mudable. Yo no rompí la quietud con mi golpe, sino tú, el que hablaste primero.

GUARDIÁN SEGUNDO.—¿Cuál de los dos charla ahora? Nadie podría saberlo. Somos iguales en facha, idénticos de ademán y semejantes en todo. Si me callo, ¡que adivinen quién habló!

GUARDIÁN PRIMERO.—Me convences, hermano de fatigas. Dices bien: no se puede distinguir de dónde sale mi voz.

GUARDIÁN SEGUNDO.—Ten cuidado, no vayas a bostezar por mi boca...

GUARDIÁN PRIMERO.—¡Gran bellaco! ¡Garrapata! ¡Ya verías qué pasaba si me pudiera mover! ¡Que a la tortura del silencio se junte la de esta obligada quietud!

GUARDIÁN SEGUNDO.—En el muro fronterero hay una imagen pintada. ¿La distingues claramente?

GUARDIÁN PRIMERO.—Sí, una santa en oración.

GUARDIÁN SEGUNDO.—Sus ojos están puestos en los míos. Mírala y tendremos algo en común: el asidero para discutir.

GUARDIÁN PRIMERO.—¿Buscas irritarme aún más? La imagen se fija en mí.

GUARDIÁN SEGUNDO.—Sólo he dicho que sus ojos están puestos en los míos... ¡Pues bien, me mantengo en ello!

GUARDIÁN PRIMERO.—¡Ah, gran testarudo, te ensartaría con mi lanza!

GUARDIÁN SEGUNDO.—¿Qué? ¿Qué? Su vista se dirige a mi persona, pero también a la tuya. Egoísta. La imagen nos mira a los dos porque mira a todas partes. Cambia de lugar, vete a un rincón de la sala y sus ojos no se apartarán de tí.

GUARDIÁN PRIMERO.—Me dan ganas de probarlo.

GUARDIÁN SEGUNDO.—A eso, aquí, se le llama tentación.

GUARDIÁN PRIMERO.—Cierto. Y por ella se queda uno mudo y quieto para siempre: lo juzgan y lo achicharran. Es preferible cumplir y callar.

GUARDIÁN SEGUNDO.—Pero en el aire dejamos nuestras palabras. ¿No tomarán otros labios para volver a decirse?

GUARDIÁN PRIMERO.—Aguardemos al acecho. Ahora podemos entrar en un silencio que nos pertenece: es el silencio de nuestra voz. Cállate boca. Mi boca está sellada.

Larga pausa. Entran Bárbara Fidele y el Celador por la puerta que custodian los guardianes.

EL CELADOR.—Ya estáis libre de vuestras pesadumbres, Bárbara Fidele.

BÁRBARA FIDELE.—¿Quién me asegura tal cosa?

EL CELADOR.—Esa puerta cerrada. Atrás quedaron los interrogatorios, las infor-

maciones, las pruebas minuciosas: toda la máquina del proceso.

BÁRBARA FIDELE.—Y aquí me dejan a solas con mi cruda soledad, habiéndome descubierto los más ocultos secretos. Saqueada en mis raíces, vacía y pública estoy.

EL CELADOR.—Exenta de cuidados. Conforme y en paz con Dios.

BÁRBARA FIDELE.—Con Él sí, mas no conmigo. (*Un silencio*). Decid, ¿qué me pudo suceder si hubiera cambiado mi testimonio?

EL CELADOR.—Os habrían juzgado como perjura.

BÁRBARA FIDELE.—Júzgueseme, pues lo soy.

EL CELADOR.—Ante los inquisidores repetisteis siempre las mismas razones. Vuestra declaración es una.

BÁRBARA FIDELE.—Y muchos mis pensamientos. Mi confesión, limpia como agua de nieve, fué traída y llevada sin cesar. Pasó por los escribanos, por tribunales y jueces.. La enturbiaron. La extrañé. Cuanto más la repetía, más ajena se me hizo; y así, a fuerza de reiterar palabras idénticas, me he convertido en perjura.

EL CELADOR.—En los años de mi vida, nunca oí desatinos comparables.

BÁRBARA FIDELE.—¿Y con ellos, con mis ideas equivocadas, iniciaron un proceso de herejía?

EL CELADOR.—Y más: con desvaríos, y con temores y con recelos. Eso aportáis los

testigos. Pero aquí se hallan los jueces, y con los intrincados pensamientos de los declarantes levantan un edificio de clara disposición: es el proceso. Vuestras confusas razones, en cuanto las determina el escribano, cobran orden y concierto.

BÁRBARA FIDELE.—(*Con violencia*). ¿Qué orden tiene una herida abierta o el grito que se levanta al cielo? ¿Mis actos, mis arrebatos, han de sufrir la medida? (*Cambiando*). ¿Y para qué me lamento, si siempre me ocurre igual?: todo lo que me propongo, lleva consigo mis fuerzas, pero en cuanto lo he logrado, me decepciona sin falta.

EL CELADOR.—Entonces, tened sosiego y no promováis trabajo ni lucha.

BÁRBARA FIDELE.—Me lo digo y lo repito: “Más valdría que te quedaras en paz, quieta y detenida como una muerta de espíritu”. Pero quisiera y no puedo, porque me es inevitable vivir en nuevas empresas. ¿Voy a renunciar a ellas por el temor de que me decepcionen?

EL CELADOR.—Sois la contradicción puesta en pie.

BÁRBARA FIDELE.—También lo sé y me lo digo. También sufro con saberlo.

Un testigo llega por la puerta del fondo.

EL CELADOR.—He aquí otro que termina sus zozobras.

BÁRBARA FIDELE.—¿Terminó? ¿Cómo podéis afirmarlo?

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

EL CELADOR.—Cumplió con Dios. Dijo a conciencia los pecados de Isabel Doria. Ahora es el tiempo de su descanso.

BÁRBARA FIDELE.—¿Acaso yo he concluído porque me encuentre aquí libre de preguntas y pesquisas? (*Al Testigo*). ¿Habéis terminado vos?

UN TESTIGO.—Estoy cierto.

BÁRBARA FIDELE.—¿Qué seguridad tenéis?

UN TESTIGO.—(*Señalando hacia la puerta*). Me lo han dicho.

BÁRBARA FIDELE.—¿Ninguna otra?

UN TESTIGO.—Con ella me basta.

BÁRBARA FIDELE.—¿Y no pensáis algo más?

UN TESTIGO.—Nada. Sólo aquello que me dicen: que he terminado.

BÁRBARA FIDELE.—Si así fuera, ¿qué os indujo a declarar contra Isabel?

UN TESTIGO.—Por la rampa de mis oídos se deslizaron palabras ofensivas a nuestra fe. Isabel Doria las profería. Hube de acusarla.

BÁRBARA FIDELE.—Simplemente.

UN TESTIGO.—Sin otra causa.

BÁRBARA FIDELE.—¿Os mortificaba de tal manera vuestro secreto que no hubierais vivido sin confesarlo?

UN TESTIGO.—Según. Pude habérmelo callado. Cuando quiero, soy más mudo que un leño. Y nadie me gana en sordo si es que me niego a escuchar.

BÁRBARA FIDELE.—¡Acuso a este hombre ante Dios! Su declaración no puede ser válida.

EL CELADOR.—Igual que la vuestra.

BÁRBARA FIDELE.—Se redujo a mover palabras de una parte a otra, indiferente, cual si dijera: “Esto es dulce o es amargo al paladar”. ¿En qué le afecta su acción si no le ha modificado?

EL CELADOR.—¿Queréis que todos actúen como vos, dominados por la angustia?

BÁRBARA FIDELE.—A Dios no pueden bastarle las palabras sin pasión, nacidas a flor de labios, bobamente, ni las obras que nada cuestan. Él se alzó contra los tibios, frente a los menguados en su fe.

UN TESTIGO.—Y bendijo a los humildes que cumplimos con los deberes del credo.

BÁRBARA FIDELE.—¿Qué significa creer, sino darse en cuerpo y alma a la verdad conseguida? Ahí nos diferenciamos: eso que llamáis deber, pasivamente, para mí es ruda misión, continua lucha, trabajo que ha de consumirme. (*Se interrumpe*).

Entra Isabel Doria por la puerta de la izquierda. Viste el amarillo sambenito de los condenados a la hoguera. La sigue un cortejo de religiosos.

ISABEL DORIA.—¿Qué defendías, Bárbara Fidele? Violentas eran tus palabras.

UN TESTIGO.—Violentas. Nos hablaba de la misión que la animó.

ISABEL DORIA.—Muy rigurosa parece ser.

UN TESTIGO.—Rigurosa. Por ella vais a la muerte.

ISABEL DORIA.—Loada sea tu misión, pues me permite cumplir la mía.

BÁRBARA FIDELE.—Isabel, revócala. Es hora de que cese tu combate.

ISABEL DORIA.—¿Has perdido tu firmeza? ¿Qué temores te dominan?

BÁRBARA FIDELE.—No padecí cobardía, sino desaliento. Hemos vivido engañadas. Nadie concede a sus obras el valor que les damos a las nuestras.

ISABEL DORIA.—El Señor, que está en lo alto, puede juzgarlas con tino.

BÁRBARA FIDELE.—Por el amor de Dios, humillado en tus acciones, te acusé. Y por la compasión de tus pecados. Quise salvarte, Isabel, pero no todos se hallan movidos por el amor. En la indiferencia viven. Tanto les importa a ellos el propósito más puro como una intención mezquina. Renuncia, pues ignoran el tamaño de tu sacrificio.

ISABEL DORIA.—Si mis palabras o mis acciones les parecieran extraviadas, conocerán mi obstinación como algo verdadero.

BÁRBARA FIDELE.—¿De qué te puede servir? Están ciertos de no haberse equivocado...

EL CELADOR.—¿Qué no hay razón en nuestras conclusiones? Decidnos, Isabel Doria, ¿merecéis vuestra condena?

ISABEL DORIA.—La deseo.

BÁRBARA FIDELE.—(*Al Celador*). Ahí se detiene vuestra justicia, en el conocimiento de sus errores: es culpable porque lo quiere ser. Pero yo iré más allá.

EL CELADOR.—¿Qué os proponéis?

BÁRBARA FIDELE.—Convencerla.

ISABEL DORIA.—Te prevengo, Bárbara Fidele. Otros más firmes que tú intentaron disuadirme. ¿Qué lograron? La ropa infamante que llevo —el sambenito de condenada—, habla por mí. No tengo más decisión que la anunciada por ella.

BÁRBARA FIDELE.—Respondes con fortaleza porque empiezas a cumplir tu propósito. Conozco la hora en que estás. Se deja de ser una pobre criatura y en todo encontramos acicates y alegría para concluir nuestro deseo.

ISABEL DORIA.—Subimos con gran esfuerzo, pero el ánimo no falta.

BÁRBARA FIDELE.—¿Y después? Cuando coronamos el penoso trabajo, la magnitud del acto cumplido denuncia la escasez de nuestra persona. ¡Ay de aquel cuyas acciones le sobrepasen! ¡Vuélvete atrás, Isabel, si no quieres verte desolada y sin coraje, porque la obra iniciada era más grande que tú!

ISABEL DORIA.—La empresa en que ahora me encuentro no podrá decepcionarme. Para mí, cuando la cumpla, todo se habrá concluído. Busco terminar mi vida.

BÁRBARA FIDELE.—Te acusé para salvarte. ¿Vine a facilitar tus pecados?

ISABEL DORIA.—Propusiste y Dios dispuso.

BÁRBARA FIDELE.—Blasfema. Él no puede querer tu condenación. Eres libre de elegir el bien o el mal.

ISABEL DORIA.—Dios me dió la libertad para escoger el camino. Pero se llevó a mi hija. Sin ella, ¿qué libertad o qué vida me quedaban? ¿No era mi Celia más importante?

BÁRBARA FIDELE.—¿Vas a encumbrar a tu hija sobre todo lo creado?

ISABEL DORIA.—A mis ojos, no hay ninguna comparable. Tanto vale, por ser única, como el universo entero.

BÁRBARA FIDELE.—¿Y tú no vales igual? Una vez desaparezcas, ¿quién te va a sustituir?

ISABEL DORIA.—¿Te preguntas quién sustituirá a una hereje? Mujer piadosa, ruega que nadie me siga en mis pecados.

BÁRBARA FIDELE.—¿Eres la dueña de una existencia que te fuera concedida por el Cielo? ¿Puedes disponer del soplo con que animaron tu pobre materia? Cede y goza del vivir hasta que el Señor permita.

ISABEL DORIA.—Dios es un ser sin el consuelo de la muerte.

BÁRBARA FIDELE.—Por su cólera serás perseguida. Te acosará más allá de la tumba.

ISABEL DORIA.—No lo ignoro.

BÁRBARA FIDELE.—Entonces, ¿por qué no escuchas mi súplica?

ISABEL DORIA.—Porque mi muerte os conviene. Con ella desaparece una hereje de la tierra.

BÁRBARA FIDELE.—El orgullo te domina.

Humíllate y agradece los muchos dones que recibiste.

ISABEL DORIA.—Ya no disputamos, Bárbara.

BÁRBARA FIDELE.—¿Dónde se halla tu entereza? ¿Renunciarás a medirte conmigo?

ISABEL DORIA.—Tus palabras caen y no se recogen. Siembras en el terreno, pero es en tierra baldía. ¿Qué réplica voy a darte, si nada me queda ya en este mundo?

Entra Celia por la puerta del fondo.

BÁRBARA FIDELE.—Que tu porción más pura. Ahí la tienes. Ella vino a desmentirte.

ISABEL DORIA.—(*Refiriéndose a su hija*). Dos almas, dos voluntades, pero una sola respuesta. Vas a oírla. (*Se adelanta hacia la muchacha*). Celia, ¿cumpliste tu obligación?

CELIA.—Sí, madre.

ISABEL DORIA.—Pues, ¿qué has hecho?

CELIA.—Acusaros.

ISABEL DORIA.—Descastada, ¿ése es tu deber de hija?

CELIA.—Cumpló el mío de creyente. Con pánico sigo vuestras enseñanzas.

ISABEL DORIA.—¿Te habré enseñado a faltarme o a llevar mi vida entre lenguas?

CELIA.—Aprendí a sostener verdad con verdad, piedra sobre piedra para llegar a lo alto.

ISABEL DORIA.—¿A qué verdad te refieres?

CELIA.—He dicho que sois hereje y blasfema.

ISABEL DORIA.—¡Digo que me eres desconocida y reniego de tu ser!

CELIA.—Si otra vez me tocara cumplirla, otra lo hiciera.

ISABEL DORIA.—¿Hay crudeza semejante?

CELIA.—Saco fuerzas de mi fe por pareceros hostil, por pareceros lo que no soy.

ISABEL DORIA.—¿Qué te mueve, qué te lleva contra mí?

CELIA.—Vuestras faltas.

ISABEL DORIA.—¿Son tales que te arrojan a esta lucha?

CELIA.—Os enfrentan con la perdición eterna.

ISABEL DORIA.—Dímelas una por una. Quiero oírlas de tu boca.

BÁRBARA FIDELE.—(*Muy fuerte*). ¡Cesa, Isabel! ¡No la obligues!

ISABEL DORIA.—Ya lo ves. Ella firme en su lugar; yo, en el mío. En vano pretendiste convencernos.

CELIA.—(*Mira a todas partes, desconcertada*). ¿Escuchasteis? (*Sobresaltándose*). ¿Quién gritó?

UN TESTIGO.—(*Aludiendo a Bárbara Fidele*). Una mujer que no pudo soportar el bien que os hizo...

CELIA.—(*Desentendida*). Madre, ¿no habéis sentido nunca que alguien os espera, y deseáis remediarle la angustia que le causa vuestra ausencia, sin saber a dónde acudir ni a quién?

ISABEL DORIA.—El Señor deja en los seres un temeroso misterio.

CELIA.—(*Muy angustiada*). ¿Quién me reclama? ¿Quién grita?

BÁRBARA FIDELE.—(*Consigo*). Voces que salen del alma y del arrepentimiento, ¿son oídas?

CELIA.—¡Hablad, habladme! ¿Se os ha desvanecido la palabra? Os miro y el cuadro me parece falso, cual si careciérais de bulto y relieve. (*Se sitúa entre los dos guardianes*). ¿Qué me pasa, pues me parece que nada pasa? ¿Tenéis prohibición de moveros, de hablar?

ISABEL DORIA.—Quietud que da la otra vida. Silencio de muerte.

CELIA.—¿Quién se debate? ¿Quién llama? (*Una prolongada pausa*). Dios mío, ¿para qué existo, si no puedo confortar al que me busca?

Entra el Inquisidor por la puerta del fondo.

BÁRBARA FIDELE.—¡Isabel, vuélvete atrás! Escucha mi petición. Este es el anuncio de tu hora.

ISABEL DORIA.—(*Lentamente*). Esta es la hora de la verdad. Esta es la noche que cae. El fin de mis amarguras. Que Dios sea con vosotros.

Sale seguida del cortejo eclesiástico. En escena quedan Celia, Bárbara Fidele y un Testigo.

CELIA.—(*A Bárbara Fidele, que se le acerca*). ¡No! ¡Ni una palabra! ¡No me

habléis como a los niños o a los inocentes, con ternura demasiada!

BÁRBARA FIDELE.—¿Vas a negarme la compasión de los cristianos?

CELIA.—¿Qué deseáis?

BÁRBARA FIDELE.—Tu consuelo. Yo te llamé con espanto. Mis doloridos acentos escuchabas. Quise que disuadieras a tu madre.

CELIA.—(*Acogiéndola en sus brazos, protectora*). Quedad tranquila. Hemos obrado como debíamos. El sufrimiento que de ello venga, no nos altere. Vivir es ponerse a prueba.

BÁRBARA FIDELE.—(*Consternada*). Dura experiencia la mía: ahora que nada tiene remedio, descubro dónde equivoqué mi decisión. Muy tarde ya para rectificarla...

El Portero entra por la derecha.

EL PORTERO.—¿Celia, la hija de Isabel Doria?

CELIA.—Con ella habláis.

EL PORTERO.—Un anciano, abandonado al dolor, exclama vuestro nombre, vuestra presencia pide.

CELIA.—(*Evocando*). Ya muy dulce, ya violenta, así sonaba la voz... Era él quien me llamaba. (*Inicia la salida*).

BÁRBARA FIDELE.—¿Vas a dejarme aquí sola?

CELIA.—Poned los ojos en esa imagen del muro. Ella os acompañará.

BÁRBARA FIDELE.—(*Presa del miedo*). Su

mirada se dirige a todas partes. Vigila, como una conciencia turbia.

CELIA.—No tengáis temor. No hay causa. Es una simple ilusión. Oremos por maesa Doria. Él nos necesita más que nadie.

Bárbara Fidele se arrodilla ante el público. Salen Celia y el Portero.

UN TESTIGO.—(*Acercándose*). A una mujer conocí. No rezaba, como algunas, porque le salieran bien sus trabajos en el mundo. Tenía el extraño afán de rogar por nuestros mártires. “Harto han sufrido, pensaba, harto merecen nuestro reconocimiento...”

BÁRBARA FIDELE.—¿Qué queréis decir con eso?

UN TESTIGO.—Celia, en su amargo camino, va pidiendo por los suyos: la madre sacrificada y el anciano temeroso...

BÁRBARA FIDELE.—(*Volviéndose, airada*). ¿Y yo, por quién voy a hacerlo?

UN TESTIGO.—¿Vos? Bárbara Fidele empieza a rogar por sí.

T E L Ó N

C U A D R O Q U I N T O

Ante un lienzo de la muralla que rodea el poblado. Llega Lorenzo. Le sigue Bárbara Fidele.

LORENZO.—Adiós.

BÁRBARA FIDELE.—Lorenzo, hijo ingrato, ¿has pensado bien esa palabra? ¿Sabes qué me significa?

LORENZO.—¡Adiós!

BÁRBARA FIDELE.—¡Ensáñate, despiadado! Hazla caer nuevamente, certero, como una firme cuchilla.

LORENZO.—No es cuchilla, sino lazo; atadura que ha de guardarnos unidos en el rigor de la ausencia. Escuchadla.

BÁRBARA FIDELE.—¿Para qué? No la repitas. Aquí se está entre los dos, apartándonos. (*Anda hacia atrás*). Ya crece y cobra extensión. El adiós es un océano derramado ante nosotros. Apenas nos distinguimos de la una a la otra orilla.

LORENZO.—El habla os traiciona, madre. Próxima y firme la siento; muy recia-mente me suena en los oídos.

BÁRBARA FIDELE.—De cerca, de cerca me oyes, mas no te engañes, Lorenzo. Piensa que las palabras se acrecientan y animan con la ausencia. Estás muy

BÁRBARA FIDELE.—¿Conoces el buen camino?

LORENZO.—Cruzaré Selfa, de Selfa iré a Brasta, de Brasta pasaré a Calidia.

BÁRBARA FIDELE.—Nombres desconocidos escucho.

LORENZO.—Son países.

BÁRBARA FIDELE.—¿De dónde?

LORENZO.—Los invento.

BÁRBARA FIDELE.—¿No existen?

LORENZO.—Acaso. Como puede cobrar vida aquello que presentimos.

BÁRBARA FIDELE.—Inventa, inventa... Cuando salgas del poblado y sufras de hambre y de sed, ¿las aplacarás inventando el agua o el alimento necesarios?

LORENZO.—Mis imaginaciones nunca sirvieron para saciarme.

BÁRBARA FIDELE.—¿Qué haría por sosegar-te?

LORENZO.—Nada. Soy de los que se desviven acrecentando su ansia.

BÁRBARA FIDELE.—Por ella serás devorado. Sufrirás los malos climas y los cielos de semblante mortecino. Y te arredrarán los vientos graves; y las ardientes calinas y las lluvias de obstinada persistencia consumirán tu naturaleza.

LORENZO.—Madre, estáis inventando...

BÁRBARA FIDELE.—No. Yo no puedo, como tú, vivir en la fantasía. Siento y digo. Nada más. Así has de ir por el mundo: como esos peregrinos que sólo saben lo justo para mantenerse en pie, nombrando unos pocos alimentos. Fue-

ra de nuestra comarca escucharás tus palabras con otro acento expresadas, y más allá — no sé dónde — conocerás el dolor de no comunicarte con tus hermanos, tus semejantes. Vencido por la injuria de los años, dudoso de tus fuerzas, padeciendo iniquidades, un día rodarán tus huesos por la tierra. Y si te acobardaras y volvieras, hallarías diferentes los sitios de tu costumbre: la villa estará cambiada; esa crecida muralla te parecerá distinta. Y ¿quién seré yo, la que aguarde? ¿Quién serás tú, el que regrese?

LORENZO.—Todo, en el mundo, es mudable.

BÁRBARA FIDELE.—Dejas un lugar seguro por el riesgo y la intemperie.

LORENZO.—La incertidumbre es mi única certeza.

BÁRBARA FIDELE.—Quisiera saber qué te mueve. Dame, al menos, el consuelo de luchar contra aquello que te aleja. Con una palabra basta. Así sea la más cruda.

LORENZO.—Una tengo. En ella se dice todo.

BÁRBARA FIDELE.—¡Detente a pensarla bien! ¡No vayas a equivocarla!

LORENZO.—¡Adiós! (*Sale*).

BÁRBARA FIDELE.—(*Gritando muy lastimera*). ¡Lorenzo! (*Consigo*). ¡Adiós! Su-
po escoger la más desgarradora. (*Se cubre la cara con las manos y queda erguida en el centro de la escena. Solloza estremecidamente*).

Maese Doria llega a espaldas de Bárbara Fidele.

MAESE DORIA.—Bien haces en lamentarte, Bárbara Fidele.

BÁRBARA FIDELE.—(*Alzando la vista*). Ay maese, maese. Mi dolor no cabe en mí. Al ser más grande que yo, me chorrea por los ojos y se me va por la boca.

MAESE DORIA.—Renegaré contigo de esta mala hora. El día claro se nos convierte en noche, porque Lorenzo tuvo vergonzosa muerte.

BÁRBARA FIDELE.—Anciano, ¿qué estáis diciendo?

MAESE DORIA.—¿Han quemado a Lorenzo en la hoguera, dándole público escarnio? ¿Te han desposeído hasta de su recuerdo, aventando sus cenizas? Sólo puede lamentarse como tú quien sufre tales afrentas.

BÁRBARA FIDELE.—¡Mi hijo está vivo, maese!

MAESE DORIA.—El dolor te hace decir falsedades. Lorenzo murió abrasado. Con mi niña, con mi tierna Isabel, perecieron todos los hijos del mundo. En una pira de leña, en una plaza redonda, ardieron todos los hijos del mundo.

BÁRBARA FIDELE.—Condenad vuestra boca; cerradla, que pierdo las luces del pensamiento. Lorenzo existe y alienta.

MAESE DORIA.—No te burles del viejo agobiado. ¿Es posible que haya niños con vida sobre la tierra sólida? ¿Unos co-

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

rretean, otros se llevan el pan cocido a los labios y algunos hablan aturdidamente, cuando mi hija es pasto de la muerte? (*Colérico*). ¿Dónde se des-
pereza, dónde sonríe Lorenzo?

BÁRBARA FIDELE.—Él está ausente. Nada más puedo añadir.

MAESE DORIA.—Bien conoces su lugar. Otras veces te he visto dominarlo, llamándole a media voz. ¿Dónde lo guardas oculto: en el corazón, en la cuna de tu vientre? ¿Sorbiendo una de tus mamas se da nutrición y vida? (*Bárbara Fidele rompe en llantos*). Cuando llegué y le nombrabas en sollozos, tuve ganas de decirte: “Ven conmigo, vayamos a mi taller y lo descubri-
rás en su dedicación”.

BÁRBARA FIDELE.—Y habría subido la escalera en un vuelo, ligera y silenciosa, y allí, al final de la estancia, la mirada sorprendida de Lorenzo me hubiera deslumbrado, dándome razón de ser...

MAESE DORIA.—¿Por qué te dejas llevar de tan lejanas memorias? Lorenzo huyó del trabajo. Tiempo hace que le echamos de menos. Pablo y los otros oficiales se preguntan por el aprendiz amado. Y yo me digo, ¿dónde estará la criatura rebelde, dónde estará mi Isabel, que tampoco se la escucha?

BÁRBARA FIDELE.—¡Cesad ese horrible juego de vuestro pensamiento! No confundáis a Isabel con mi hijo, pues ya

he sido castigada: él huyó mundo a traviesa.

MAESE DORIA.—¡Deténlo! ¡Qué no adelante! Hacia la peste corre Lorenzo. Hacia la temerosa muerte negra que invade los alrededores. (*Dándole una hoja pintada*). Toma, Bárbara Fidele. Esta imagen de San Sebastián, el abogado de los pestíferos, le libraré de la plaga. (*Bárbara Fidele expresa terror ante la imagen*). ¿La rechazas? Guarda la de San Cristóbal, también protector del mal.

BÁRBARA FIDELE.—¡Apartadlas de mi vista!
¡Se parecen como dos gotas de agua!

MAESE DORIA.—Mi torpeza las ha hecho semejantes... Las manos del pobre viejo son cada vez más inciertas...

BÁRBARA FIDELE.—¡Todas llevan el mismo rostro!

MAESE DORIA.—Es mi mano.

BÁRBARA FIDELE.—¡Es vuestra hija! ¡Son iguales a Isabel! ¡Quitádmelas de delante, que no puedo resistirlas, hechas a imagen y semejanza de la difunta!

MAESE DORIA.—¿Si padecerás mis males? ¿Se te presenta Isabel doquiera pones los ojos? Ya en el aspecto del cielo, ya en el juego de una sombra me aparece. ¿No la ves hecha de piedra en esa mancha del muro?

BÁRBARA FIDELE.—¿Hasta cuándo he de sufrir vuestros delirios, Maesa Doria?

MAESE DORIA.—(*Desesperándose*). ¡Delirio es la figura de Isabel! ¡Su rostro es

sólo un engaño de los ojos! (*Con repentina calma*). Y esa forma que ahora llega, ¿la inventó mi desvarío? ¿Tomaron cuerpo mis alucinaciones?

Entra Celia. Se adelanta hacia maese Doria.

MAESE DORIA.—(*Con dulzura*). ¿Quién eres, la del aire bonancible?

CELIA.—Un claro nombre llevo; un nombre escogido por vos.

MAESE DORIA.—Isabel, ¿eres tú?

CELIA.—Quisiera serlo y no soy.

MAESE DORIA.—¿Eres tú, mi niña tierna y arrebatada?

CELIA.—El sol que brilla en el agua no es el sol.

MAESE DORIA.—Aunque relumbra como la misma luz... ¡Toda el alma se me alegra con verte y reconocerte! ¡Bárbara, aquí tienes a Isabel, asombrosamente hallada!

BÁRBARA FIDELE.—¡Callad, maese, por Dios! ¡No me la recordéis más! Si la llamáis Isabel, habré de huirla por siempre. Una criatura sin culpa será causa de mi espanto.

MAESE DORIA.—(*Acercándose*). Porque vi- ves angustiada, te compadeceremos.

BÁRBARA FIDELE.—(*Esquiva*). ¡No solicito vuestra indulgencia!

MAESE DORIA.—Pues menosprecias nuestra bondad, te la daremos con creces.

BÁRBARA FIDELE.—¡Y os devolveré rudeza por blandura y el mal por el bien!

MAESE DORIA.—(*A Celia*). Su hijo salió al

mundo abierto. El fugitivo ignoraba que un ruiseñor, en su canto, resume los aires músicos de los demás ruiseñores, y que una rosa fragante huele como todas las rosas, y que la aventura está en cuidar acendradamente aquello que Dios ha derramado sobre nosotros...

CELIA.—Porque la mansedumbre nos acerca, sin movernos, a quien nos llama sin llamarnos.

BÁRBARA FIDELE.—¿Para qué me recordáis tan conocidos principios?

MAESE DORIA.—Dichos son mis pensamientos y los tuyos, pues criados fuimos en un mismo rebaño. Tan sólo el desordenado quiere hallar fuera de sí la brasa que permanece secreta en su propio corazón. ¿Dónde la busca Lorenzo? Él huyó aturdidamente, pese a nuestras convicciones. Por ello brotan de ti mil oscuras amenazas. Mas, conocida su causa, las comprendemos y las perdonamos.

BÁRBARA FIDELE.—¿De qué me sirve tanta piedad, cuando quisiera escarmiento por el mal que os he traído? Con embozo me acusasteis de la muerte de Isabel. Gritádmela a viva voz, como lo hace mi conciencia.

MAESE DORIA.—Si no siento más que el gozo de recobrar a Isabel, ¿qué van a decirte mis labios?

BÁRBARA FIDELE.—¡Violencias espero de

ellos! ¿No ha de haber quien me reproche mis acciones?

CELIA.—Mi réplica se halla presta.

BÁRBARA FIDELE.—Así sea tan severa como un trallazo en el rostro.

CELIA.—Vuestro hijo regresa.

BÁRBARA FIDELE. — (*Abatiéndose*). Has puesto el dedo en la llaga. Acertaste en la burla más temible. Bien merezco la crueldad que me demuestras.

MAESE DORIA.—Llamas crueldad al anuncio de tu dicha. Tu hijo está ahí.

Llega Lorenzo.

BÁRBARA FIDELE.—(*Volviéndose*). ¡Lorenzo! (*Estrechándolo*). ¿Eres tú Lorenzo? ¿Eres tú, mi muy necesario? ¿Tú, mi ventura y mi vida? Si es imposible creerlo... ¿Eres el grato palomo que se recoge en mis brazos?

LORENZO.—Aun soy aquel que se me parece.

BÁRBARA FIDELE.—¿Eres tú, mi fruto agri-dulce; tú, mi bienvenido? Deja que nunca termine de preguntarte. Y déjame sin respuestas, pues no interrogo para que me contestes.

LORENZO.—(*Apartándose*). Mirad al resucitado, limpio y sin trazas de podredumbre.

BÁRBARA FIDELE.—Todos los cinco sentidos se me asoman por la vista. Si es tu voluntad, jamás terminaré de contemplarte, y no sentiré cansancio, sino dulce, dulce deseo perpetuamente renovado.

LORENZO.—Vuestra mirada certera siem-

pre me descubrió en falta. Un descosido en la vestidura, cualquier desaliño, no escapaban a vuestra inquisición diligente. Aguzadla, que necesito de ella.

BÁRBARA FIDELE.—(*Admirándolo largamente*). Ni una mota de polvo te mancha la ropa, nada ensombrece tu cara. Aun pareces más gallardo que al partir.

LORENZO.—La alegría os ciega. Mirad, mirad más adentro.

BÁRBARA FIDELE.—¿Dónde?... Sí, me asomaré a tu interior por los cóncavos de las pupilas. Muy claramente lo veo: ¡regresas enriquecido!

LORENZO.—Al contrario. Volví sintiéndome pobre, vencido por la mayor miseria: la del que teniendo mucho, le falta una sola cosa.

BÁRBARA FIDELE.—Has ganado, Lorenzo. Los caminos y lugares que nombraste se pintan en tus pupilas. ¡El mundo se hizo más bello porque lleva el color de tus ojos!

LORENZO.—¡He aquí una madre asombrada a la vista de su hijo!

BÁRBARA FIDELE.—Otras se quedan en pasmo por los hoyuelos y surcos que se pronuncian en la carne del muy tierno, del muy amado. Muchas cobran alegría con las gracias y zalemas nacidas del pequeñuelo, y yo me digo: “¡Mi hijo ha vuelto! ¡Mi hijo ha vuelto!” Y no sé ni lo que digo.

LORENZO.—Madre, bajo las anchas puertas

me detuve. Sentí que olvidaba algo, como siempre me sucede al salir de cualquier parte. Registré mi zurrón. Venía completo. Nada podía echar de menos. Pero ese olvido de algo que se vuelve imprescindible, porque ignoramos qué es, me hizo retroceder. He vuelto por completarme. Pensadlo bien. Decid qué me falta.

BÁRBARA FIDELE.—El beso, este beso que descuidé al alejarte.

LORENZO.—Un beso de despedida, igual a todos los besos de despedida.

BÁRBARA FIDELE.—Te confundes. Ahora es un beso de acogimiento... Muchacho, faltaba mi bendición, la que no te di al partir.

LORENZO.—No he venido a reparar vuestro olvido, sino el mío.

MAESE DORIA.—Tu olvido. Lorenzo. Eres el mismo que hacía los dibujos con prisa, arrebatado. Aquel que se saltaba las líneas en las copias. El capaz de equivocarse dos veces en la escritura de una palabra.

BÁRBARA FIDELE.—Bien está. Bien está. Bien me parece que una torpe despedida me devuelva al trotamundos. Loado sea cuanto haces mal.

MAESE DORIA.—Cuando me necesitaba para aprender el oficio, huyó de mi compañía. Ahora que quiere ir al mundo, regresa sin conocerlo. Ni de sus ansias parece seguro.

LORENZO.—En los pasos importantes ha de haber indecisión.

CELIA.—Tu olvido, Lorenzo, está en esa incertidumbre. Sólo el descuidado del mandamiento puede sentirse dudoso. Los fieles a nuestro credo sabemos a dónde vamos y qué certeza nos mueve.

LORENZO.—Madre, ¿qué añagaza es ésta? ¿Por qué se interpone y vive el pasado entre nosotros?

BÁRBARA FIDELE.—Si has vuelto por tu pasado, benditos sean ellos dos y quienes representen los días de antaño.

LORENZO.—Alabémoslos unidos, pues ahora, sé a qué atenerme. Aquello que me faltaba, no lo puedo descubrir entre vosotros. Habré de buscarlo fuera. Hacia lo desconocido.

BÁRBARA FIDELE.—¿Estás diciendo que huyes?

LORENZO.—La razón de ser que busco, nunca me la podréis dar. En otra parte debo encontrarla.

BÁRBARA FIDELE.—¿Te alejas? ¿Haces aquello que me niego a entender?

LORENZO.—Sí, madre.

BÁRBARA FIDELE.—¡Qué castigo! ¡Dos duras separaciones como dos terribles muertes! Ya estarías fuera del lugar; allá, fuera del recinto amurallado; allá donde no alcanza la vista. En el bosquecillo de álamos, junto a la curva del río.

LORENZO.—Desde aquella lejanía os viene mi despedida. ¡Adiós!

BÁRBARA FIDELE.—Lorenzo, hijo ingrato,
¿has pensado bien esa palabra? ¿Sa-
bes qué me significa? (*Consigo*). ¿Y
a quién hablo, si él estará ya tan lejos?
Pausa breve. Sale Lorenzo.

T E L Ó N

C U A D R O S E X T O

La escena ante el graderío que lleva a las puertas de una iglesia. Es noche cerrada, iluminándose el cuadro con el fulgor de algunas antorchas.

El gentío cubre la escalinata. Son hombres y mujeres en actitud de abandono, de lamentación o de plegaria.

EL HOMBRE.—La ira de Dios hizo mullida cama, tendióse y se durmió sobre nosotros.

LA MUJER.—Bajaremos al hoyo, y allí, en el profundo, la saña divina tampoco dará sosiego a nuestros huesos.

EL SABIDO.—Anunciado estaba por el Señor. Estas fueron sus palabras: “Porque se levantará nación contra nación y reino contra reino; y habrá pestilencias y hambres...” (1). Pensad que no hemos llegado al colmo de nuestros males. Sólo sufrimos la peste. Agradecéd-selo a Dios.

EL HOMBRE.—¿Qué burla es ésta? ¿Hemos de agradecer tanta miseria?

EL SABIDO.—Escritas fueron estas palabras: “Y vino una plaga mala y dañosa sobre los hombres que tenían la señal

(1) Mateo 24,6.

de la bestia" (2). Y vino la plaga. Somos nosotros los de la mala señal.

LA MUJER.—¿Por qué el Señor nos aflige con su furia? La muerte negra, la peste, se ha cebado en nuestras carnes. ¿Qué impiedad, qué desacato cometieron los inocentes caídos?

EL ORANTE.—No preguntes. Calla y reza. En la oración encontraremos consuelo.

LA MUJER.—Pero no remedio. Mi niño, mi lechoncillo codicioso que no sabía decir "padre" ni "madre", muerto; y muerto mi hombre, el varón en su mediodía, el prudente y el firme.

EL HOMBRE.—Muerto el anciano miniaturista, maese Doria, el creyente y severo; y muertos el fundidor de campanas y nuestros inquisidores. Los más fieles al Señor, derribados por la peste.
Llega el Soldado.

EL SABIDO.—No hay comunión de creencias ni sentimientos de hermanos. La enfermedad nos hizo enemigos, y el inmundo huye del inmundo y el pecador del pecador.

EL PANADERO.—Te engañas. No todos rechazan el trato ajeno. Sebastián, mi viejo compadre, el muy borrachuzo, abraza a cuantos conoce por ver si adquiere contagio. Dice que así espera verle pronto el rostro al Eterno.

EL SABIDO.—Pero el Señor le deniega esa

(2) Proverbios 16,2.

muerte voluntaria y lo mantiene de pie.

LA MUJER.—¿Hay mayor inconsecuencia? Mientras los rectos perecen, quedan con vida los descarriados. ¿Dónde se muestra la justicia divina?

EL SOLDADO.—Alégrate, por la justicia. (*Al Panadero*). Y tú siéntelo por tu compadre. Sebastián, el viejo borracho, acaba de dar el último suspiro, y en la agonía clamaba: “Dios mío, Dios mío, concédeme la perra vida; dame la vida renegada”. (*Se ríe fuertemente*).

EL PANADERO.—Sálvame, Señor. Yo amasé el pan que comemos, sin desear beneficio. Yo di limosna al menesteroso. Yo auxilié a mis semejantes.

EL FERVOROSO.—Egoísta, ¿de ti estábamos hablando?

EL PANADERO.—Fuí severo con mis hijos, y dulce y piadoso con mi buena mujer. ¿Qué mal hice?

E. SABIDO.—Eres impuro, porque alardeas.

EL PANADERO. — (*Desesperándose*). ¡Que Dios me arranque la mala lengua!

EL SABIDO.—Te la conservará mucho tiempo. Por ella conoceremos cómo son los orgullosos de sus obras.

El Soldado se ríe a carcajadas.

EL FERVOROSO.—Si vamos hacia la tumba, ¿para qué llegar cargados con nuestros arreos? (*Un silencio*). No sois capaces de nada. (*Escupe en el suelo*).

El Soldado se ríe de nuevo.

EL FERVOROSO.—¿De qué se ríe ese loco?

- EL SOLDADO.—Os he visto congregados ante las puertas del templo. Os he visto y me he sentado aquí. (*Vuelve a reírse fuertemente*).
- EL ORANTE.—¡Hacedlo callar! ¡Hacedlo callar!
- EL SOLDADO.—No he terminado. Hay hombres de tan escasa ventura que podrían vivir años sin que nada sucediera junto a ellos. Miradme. ¿Tengo algo de extraño? Nada. Me quito el bonete y no tengo nada extraño. Sin embargo, don de me quedo y descanso se producen asombrosos acontecimientos.. Seguid, que no he de volver a hablaros.
- EL ORANTE.—(*Alzándose*). Ahora sí. Vas a decirnos qué acontecimiento aguardas.
- EL SOLDADO.—Tú has gritado: “Hacedlo callar. Hacedlo callar”. Cumplo tu gusto y me callo.
- EL ORANTE.—(*Agresivo*). ¿Quieres decirme qué nueva desgracia esperas? (*Se lanza sobre el soldado*). ¿Quieres hablar de una vez? (*Los separan*).
- EL FERVOROSO.—El hermano maltrata al hermano, y la exasperación ocupa el lugar de la paciencia.
- EL PANADERO. — Mantengámonos sumisos, sin levantar cabeza. Con mansedumbre, hasta las bestias se procuran la benevolencia del amo.
- EL FLAGELANTE.—Vergüenza caiga sobre mí. Renegadme, porque viví alejado del mandamiento.
- EL SABIDO.—Limpio te hallas de tus erro-

res. Así fué dicho: “El que encubre sus pecados no prosperará; mas el que los confiesa y se aparta, alcanzará misericordia” (3).

EL FLAGELANTE.—Mi carne pecó. Hendirla con el rayo del látigo. (*Se descubre el pecho*). Sois cobardes. Os atrevéis a golpearnos cuando la ira gobierna vuestros actos y no queréis flagelar el cuerpo de un pecador abominable. Miradme y tomad ejemplo. (*Se azota con violencia*).

EL PANADERO.—(*Conteniéndole*). ¡Guárdate! ¡No desates sobre ti la cólera del Señor!

EL ORANTE.—Pongámonos a la oración. Por ella conseguiremos penitencia y alivio de nuestros males. (*Reza en voz alta*).

EL CAMPESINO.—(*Que llega*). ¿A qué proferís oraciones? Tornaros de vuestros pecados y desandad los pasos torcidos. Ahora os viene la tentación del rezo, cual otras veces tuvisteis la de tomar mujer ajena o la de comer golosos manjares.

EL ORANTE.—No solicito por mi persona. Ruego por todos vosotros.

EL SOLDADO.—A un gran bobo conocí; reclamaba la ayuda del Cielo para todos sus hermanos. Mirad si hacía mal negocio: creía que el mundo entero rogaba en cambio por él. (*Se ríe con estruendo*).

(3) Proverbios 28,13.

EL ORANTE.—Mis oídos no se abrirán a la insidia. Rezaré y que Dios disponga.

EL CAMPESINO.—Clamor que sale de la boca no levanta más allá; que el nacido del alma es recatado y secreto.

EL ORANTE.—Muy alto vuelan las súplicas cuando el dolor las alienta. A Dios han de serle gratas. Él puede sacarnos la enfermedad.

EL CAMPESINO.—La podredumbre de los espíritus aflora en vuestros cuerpos malos. Pedís la gracia de la vida, sin acordaros del alma corrupta.

LA MUJER.—¿Quién nos habla de ese modo? ¿Quién eres?

EL CAMPESINO.—Un labrador.

LA MUJER.—¿En qué trabajo te hallas, labrador?

EL CAMPESINO.—En la siembra.

LA MUJER.—¿Esperas mucho de ella?

EL CAMPESINO.—La siega me lo dirá.

LA MUJER.—¿No han rodado bastantes espigas por tierra? ¿No escuchaste nuestras lamentaciones?

EL CAMPESINO.—¿Y son las quejas el índice del dolor? Miraos en el animal pequeño: ¿sufre menos que la fiera, aunque no se halle dotado para el violento bramido?

EL FLAGELANTE.—(*Azotándose*). Padecer y callar, tal sea nuestra vida. La boca muda, sin un suspiro; el cuerpo desgarrado y sangrante.

EL CAMPESINO.—Golpeaos en el pecho y ni aún así vuestras puertas se abrirán,

porque llamáis en aposentos vacíos.

EL FLAGELANTE.—Más dolor tengo que Dios me procura. Maltratándome, ganaré su compasión.

EL CAMPESINO.—Sed humildes y benignos; pacientes, perseverantes, y os libraréis hasta de su misericordia.

EL FLAGELANTE.—Prefiero merecer la conmiseración de Dios a su ira.

EL CAMPESINO.—¿Y qué, no son ambas hermanas, hijas de la misma causa; la conmiseración y la ira del Señor, no nacen de vuestras iniquidades?

LA MUJER.—Labrador, ¿quién eres tú?

EL CAMPESINO.—Alguien que vuelve al trabajo.

LA MUJER.—¡Espera! ¡Responde a una sola cosa!

EL CAMPESINO.—Ya es muy tarde. Y el día se apresura. (*Sale*).

LA MUJER.—Ése conoce el secreto de los espantos. Él sabe la razón de nuestras calamidades.

EL SOLDADO.—(*Riéndose*). Nadie como el que se va puede contestar a gusto de los que permanecen.

LA MUJER.—Ciegos. En vuestra ofuscación ya no distinguís los indicios del Señor. Buscad a ése. Dadle alcance.

EL SOLDADO.—La noche es muy negra.

EL PANADERO.—Y largos los pasos del fugitivo.

LA MUJER.—(*Apartando a algunos*). ¡Dejadme! ¡Yo iré tras él!

BÁRBARA FIDELE.—(*Surgiendo del grupo e*

BIBLIOTECA NACIONAL

interponiéndose). Aguarda, que sólo persigues tu engaño.

LA MUJER.—¿No sentiste sus palabras? Muy misteriosas sonaron. Algo decían y no decían.

BÁRBARA FIDELE.—Poneís vuestra salvación en imposibles, olvidando aquello que se os muestra al alcance de la mano.

LA MUJER.—Sólo palpamos la muerte, ¿quién podrá liberarnos de su horror?

BÁRBARA FIDELE.—Un nombre llevó en los labios. Tantas veces lo pronuncio que ya debe verse en ellos.

LA MUJER.—Dilo por el bien de todos.

ALGUIEN.—Bárbara Fidele, te reconocería en los propósitos si no escuchara tu voz.

BÁRBARA FIDELE.—Pablo, te reconocería en tu agudeza si no estuvieras patente.

PABLO.—¿Qué pretenden tus acciones, Bárbara Fidele?

BÁRBARA FIDELE.—Y tú, ¿qué deseas impedirme?

PABLO.—Lo ignoro, pero tengo que evitarlo como si ya lo supiera.

BÁRBARA FIDELE.—La salvación de todos intento. ¿Hay mal en ello?

PABLO.—Sin duda. ¿No pretendes algo superior a tus fuerzas?

BÁRBARA FIDELE.—Sí, porque a mis fuerzas se juntan las de nuestro pueblo entero.

PABLO.—¿Y eres tú la destinada a conducir las?

BÁRBARA FIDELE.—No yo, sino Celia.

PABLO.—Harto exiges de una pobre criatura.

BÁRBARA FIDELE.—Siempre solicito mucho de las personas que amo.

PABLO.—Repara. No echés sobre sus hombros nuestros pesados agobios.

BÁRBARA FIDELE.—Celia es fuerte. Ni un instante ha dejado de auxiliar a los moribundos, preservada de las pestilencias. Ella cuenta con la poderosa ayuda de la santidad.

PABLO.—Santidad. Grave palabra. ¿No es demasiado decir?

BÁRBARA FIDELE.—¿Qué son sus raros prodigios, sus hechos maravillosos?

PABLO.—Ignoro llamarlos.

BÁRBARA FIDELE.—¿Sortilegios? ¿Hechicerías, acaso?

PABLO.—¡Calla, Bárbara Fidele!

EL SOLDADO.—¡Es lo que yo me digo! ¡Lo que yo me digo!

BÁRBARA FIDELE.—¿Tienes los actos de Celia como obra de brujería?

EL SOLDADO.—Me digo que las palabras atraen a las personas. Basta pronunciar su nombre, y se presentan. Celia viene.

EL HOMBRE.—Hermano, ¿va a producirse el hecho que has anunciado?

EL SOLDADO.—¿Cómo lo voy a saber? ¿Soy, por ventura, profeta? Paciencia, y sea lo que Dios quiera.

Llega Celia.

PABLO.—(A Bárbara Fidele). Mujer, estás

advertida. Mide el alcance de tus propósitos. Vigílate.

BÁRBARA FIDELE.—Nunca fuí más dueña de mis actos. (*Dirigiéndose a la muchacha*). Celia, el pueblo requiere ayuda. Sálvalo de la mortandad. Líbranos del sufrimiento. De tus dones, de tu gracia lo esperamos.

PABLO.—Dos palabras le bastaron para levantar insidia.

BÁRBARA FIDELE.—Pablo, hombre de bien, ponle freno a la lengua, deténla y considera. ¿No escuchas a quienes hablan por mi boca?

PABLO.—Hablan los poseídos de violencia y desconcierto, los arrojados a la desesperanza, los impíos y abominables.

BÁRBARA FIDELE.—En mi voz se reconocen los muy limpios de intenciones, los afligidos, los suplicantes, los inclinados a la piedad, y por todos ellos clamo.

PABLO.—Eres ambiciosa, Bárbara Fidele. No dejarías a ningún justo sin representar. ¿A qué seguir esta pugna? Callándome, quiero darte ocasión a la modestia.

BÁRBARA FIDELE.—Prefiero cederle paso a la caridad. También los pecadores que reprobabas merecen mi compasión. Por ellos ruego y demando, que mi voz ya no es la mía.

EL SOLDADO.—¡Haz memoria, Bárbara Fidele!

BÁRBARA FIDELE.—Queda tranquilo. No me

olvidaré de nadie. Ni tan siquiera de ti.

EL SOLDADO.—¡Haz memoria! ¡Reconoce tus palabras! Ya no te sientes vacía, como una pobre mujer, porque te hallas al comienzo de otra costosa misión.

BÁRBARA FIDELE.—¿Qué quieres decir con eso?

EL SOLDADO.—No lo sé. Mi voz tampoco es la mía. El pasado se declaró por mi boca.

BÁRBARA FIDELE.—¿Quién eres tú, hombre o misterio?

EL SOLDADO.—Era en el juicio de Isabel Doria. Ante la puerta de los inquisidores, dos guardianes vigilaban. Razones que uno dijera, pudo haberlas dicho el otro. Lo que oyó éste, su vecino lo escuchaba. No sé quién soy. Uno de aquellos guardianes.

BÁRBARA FIDELE.—(*Con miedo. Evocando*). Dos soldados había. Y clérigos en torno. Y una mujer determinada al suplicio.

EL SOLDADO.—Y tú. Allí estabas proclamando tu cobardía y arrepentimiento por la decisión tomada. Cuida, no te decepciones también ésta.

BÁRBARA FIDELE.—¿Hago mal en desear que interceda por nosotros? ¿Acaso no cuento con la asistencia del pueblo? Que cada cual hable por sí y se declare.

PABLO.—¿Para qué? Ya lo sabemos. Al ser

muchos, carecen de voluntad. Tus deseos los vivirán como propios.

EL ORANTE.—En el haz todas las varas se confunden. Con uno que pida clemencia es bastante.

LA PREÑADA.—(*Destacándose del grupo*). Celia, pues tienes poder, sálvame al hijo que madura en mi vientre. ¿Consentirás que perezca sin haber gozado el mundo? Aún no sé quién puede ser: niña o niño; de dulce disposición o de obstinado carácter; blando, cruel, decidido; a todos nos representa. Quiere vivir. Unos pies que todavía no existen, me lo piden, empujándome. Su tierna boca cerrada lo está reclamando a gritos. Líbramelo de la muerte. En él nos miramos todos. (*Un largo silencio*).

EL ORANTE.—(*Refiriéndose a Celia*). Ni en una roca encontraríamos tan extrema dureza. ¿No te obligan nuestras súplicas?

PABLO.—(*A Celia*). ¿Cuentas con fuerzas ajenas a las tuyas? ¿Te atreverás a torcer la voluntad del Señor?

BÁRBARA FIDELE.—¿Por qué te interpones, Pablo? ¿A quién representas tú?

EL SOLDADO.—A la lealtad.

BÁRBARA FIDELE.—Cierra la boca. ¿Quién te manda intervenir?

EL SOLDADO.—Es la lealtad en persona. ¿Qué no se ve de muy lejos? Defiende al amo como el perro custodia la hacienda.

BÁRBARA FIDELE.—(A *Celia*). ¿No escuchaste el clamor de tus hermanos?

PABLO.—Y tú, ¿no sientes cuánto dice su silencio?

EL SOLDADO.—(A *Bárbara Fidele*). La lealtad es implacable. Respóndele nuevamente.

BÁRBARA FIDELE.—¿Vas a dejarnos seguir? ¿Qué te propones con tus interrupciones.

EL SOLDADO.—Nada. ¿Proponerme?, nada. Sólo temo que dejéis correr libremente a los acontecimientos. En mi existencia guerrera he visto acontecimientos que luchaban entre sí, odiándose, torturándose, pero los que caían sangrando eran los hombres. Y entonces...

BÁRBARA FIDELE.—Entonces, ¿qué?

EL SOLDADO.—Nada. Entonces, nada. Pero guardaos de los errores y de los caminos equivocados. Andad con tiento.

BÁRBARA FIDELE.—¿En qué habíamos quedado cuando nos interrumpió? ¿Dónde estábamos?

EL SOLDADO.—Ya lo ves. Aún no empiezas tu labor y ya te encuentras perdida. Esfuérzate en descubrir el hilo de la verdad.

LA PREÑADA.—Con certeza me recuerdo. (Aludiendo a *Celia*). Quedamos en su egoísmo; en el egoísmo de su silencio.

BÁRBARA FIDELE.—Nadie lo ha llamado así.

LA PREÑADA.—Dispone de misteriosos poderes y los niega a sus hermanos, ¿hay algo más parecido al egoísmo?

- EL PANADERO.—Sí, en este caso el orgullo. Celia se sabe superior a nosotros, por ello nos regatea los muchos dones que tiene. En su corazón altivo ya no le queda lugar para la piedad.
- BÁRBARA FIDELE.—¿Qué mala razón os guía? Todo se altera en vuestras palabras.
- EL SOLDADO.—Enfréntate con la libertad de los hechos. Ya os previne contra ella.
- LA PREÑADA.—¿Hay mayor burla que su silencio? ¿Qué afrenta se le puede comparar?
- PABLO.—Calla porque nuestra salvación no está en su mano. ¿Cómo pretendéis que vaya contra el designio del Cielo?
- LA PREÑADA.—¿Y es incapaz de hacer algo por nosotros, ella, la beneficosa?
- PABLO.—Incapaz.
- LA PREÑADA.—¡Y en sus virtudes pusimos nuestras esperanzas!
- PABLO.—Sólo es una humilde criatura de Dios.
- LA PREÑADA.—¡Una miserable a la que dimos crédito de santa!
- PABLO.—Sin razón. ¿Ella qué hizo? Alumbró fuentes y dió ayuda a sus hermanos. Nada más. Dios decide nuestras vidas y no una niña sin fuerzas.
- EL SABIDO.—La negada, la sin luces, iba a librarnos del mal... ¿No es extraño todo esto?
- PABLO.—Sí. Raro parece que cediérais vuestras cargas a una menuda doncella.
- EL HOMBRE.—Es verdad. Muy locos fuimos

al confiar en la pobre arrapieza. ¿Vais a pedirle a una hormiga que aguante el techo del mundo? Dejadla en paz. Y que siga su camino de caridades y auxilios. Bastante hizo por nosotros.

EL FLAGELANTE.—Cierto es. Libre se vea de las malas asechanzas.

PABLO.—Bárbara, ya lo escuchaste. El pueblo dijo su última palabra. No pretendas imposibles ni te interpongas de nuevo. (*Al grupo*). Quedad con Dios. (*A Celia*). Vamos juntos. Yo te daré compañía.

*Celia y Pablo cruzan la escena despa-
ciosamente.*

EL SABIDO.—(*Dirigiéndose a ambos, cuando están a punto de desaparecer*). ¡Escuchadme! ¡Hay algo más! (*A Pablo*). Yo te digo: si se me antoja matar o cometer fraude, ¿has de ser tú el castigado?

PABLO.—No, te respondo. Es injusto.

EL SABIDO.—Y aún añadido: ¿han de caer sobre todos las penas que uno merece?

PABLO.—Vuelvo a decirte que no. Es impropio que los justos paguen por los pecadores.

EL SABIDO.—¿Y qué está ocurriendo aquí? Padecemos sufrimientos que alguien nos ha originado. Celia es la causante de ellos.

PABLO.—Falso. No hay palabras para elogiar sus caridades.

EL SABIDO.—Ella se atrevió a cambiar el

- orden establecido. Dios nos diezma con su ira por las acciones de Celia.
- LA MUJER.—Razón tiene. Con milagrerías hizo reventar veneros de agua y con sus hechizos dió virtudes curativas a la fuente.
- BÁRBARA FIDELE.—Gran beneficio nos hizo. Acordaos: que los tullidos sanaban y volvían por su pie, y a los ciegos les restauraba la vista el copioso manantial. Ahí cerca vive Marcela. Ahora goza de sus ojos. ¿Hay testimonio mejor de las bondades de Celia?
- EL ORANTE.—Bondades, dice. Y los peregrinos que vinieron atraídos por su fuente, nos contagiaron la enfermedad. (*Aludiendo a Celia*). Ella es la causa del infortunio.
- LA PREÑADA.—Cierto. Y con justicia nos extermina el Señor, pues le dimos la fe y era impura, la creímos dotada de gracia y eran sus oscuras artes.
- EL PANADERO.—La primera víctima fué el anciano inocente, maese Doria, el tronco robusto de su linaje. No es necesaria más prueba para mostrar su maldad.
- EL SABIDO.—También cayó Isabel Doria en lucha contra su hija. Bárbara se acuerda bien.
- BÁRBARA FIDELE.—¿Por qué me hacéis padecer esta agonía?
- LA MUJER.—Tú recordaste el nombre de Celia.

BÁRBARA FIDELE.—¡Maldecidme! ¡Que nunca lo hubiera dicho!

EL SABIDO.—Loada seas por habernos abierto los ojos. (*Al pueblo. Refiriéndose a Celia*). ¡Qué esperamos? Ahí está, guardándose, silenciosa. ¡Hasta cuándo ha de durar su menosprecio?

LA PREÑADA.—¡Hagamos que sobre ella recaigan sus propios daños!

BÁRBARA FIDELE.—Ten por seguro que no se cumplirá tu propósito. (*Va a intervenir, pero la sujetan varios*).

EL PANADERO.—¡Ejecutemos nuestra justicia!

EL SABIDO.—¡Dando muerte a la hechicera se acabarán nuestros males!

PABLO. — ¡Qué os pasa?, desvariados. ¡Echasteis en saco roto los principios de la fe? Si buscáis la salvación, ¿dónde está, sino en la muerte? ¡Por qué os lamentáis del mal, si nos trae el bien de los bienes: la vida que se consigue más allá de estas miserias, la perdurable y eterna?

VOCES DEL PUEBLO.—

—¡No escucharle!

—¡El diablo los cría y ellos se juntan!

—¡Son tal para cual!

—¡Que sufran la misma suerte!

—¡Por nuestras manos!

—¡Contra los herejes!

El gentío arrastra a Pablo y a Celia. Se oye rodar el clamor, perdiéndose el murmullo en la distancia.

BÁRBARA FIDELE. — (*Desprendiéndose de quienes la retenían*). ¿Qué hice, Dios mío?

EL SOLDADO.—Dar suelta a las violencias de tu corazón.

BÁRBARA FIDELE.—Juro ante Él que he llegado limpia de malicia. Si en la blancura de mis acciones encontráis la color del pecado, acusadme; echadme en cara mis iniquidades. (*Silencio largo*). Nadie responde. A cuantos pedí una réplica me devolvieron resignación y mansedumbre. ¿Vais a contestarme ahora con el hielo de la pasividad? ¿Sólo tenéis espaldas que volverme y el silencio por toda concesión? (*A uno del grupo*). Dí tú, ¿cuáles son tus pensamientos?

UNO DEL GRUPO.—Pienso en la hermosa indiferencia del cielo. Míralo lleno de lumbres, como si preparara no sé qué solemnidad. El cielo se adorna y compone ajeno a nuestras calamidades.

BÁRBARA FIDELE.—Falso. El Cielo tiene que apiadarse de nosotros.

UNO DEL GRUPO.—A veces siente aflicción, otorgándonos pedriscos o malos vientos: ésas serán sus respuestas a nuestras rogativas, cuando le solicitamos paz y bonanza.

BÁRBARA FIDELE.—Blasfemo, no continúes.

UNO DEL GRUPO.—Si me dijeras que alguna vez has sufrido castigo, te daría mis parabienes porque no lo mereciste.

BÁRBARA FIDELE.—Mi hijo huyó; su marcha fué mi castigo.

UNO DEL GRUPO.—No me entiendes. Debo explicarme muy mal. Esa huída fué un premio del Cielo.

BÁRBARA FIDELE.—¿Qué me denuncian tus irreverencias?

UNO DEL GRUPO.—Nada. Volveré a encerrarme en ellas. Yo no temo quedarme a solas conmigo. (*A otro del grupo*). Desconocido, respóndele alguna cosa. Sepamos tu parecer.

EL DESCONOCIDO.—¿El mío? ¿Mi parecer sobre qué?

UNO DEL GRUPO.—Sobre el destino de Celia, condenada como hereje, y sobre la muerte de Isabel Doria, puesta en la hoguera por combatir a su hija, ¡por luchar contra una pecadora!

EL DESCONOCIDO.—No sé nada. Me parece una contradicción.

EL SOLDADO.—Díle, al menos, qué ronda por tu cabeza.

EL DESCONOCIDO.—Pensaba en una mujer que de tanto abrazar a su criatura la estrujó. Creo que después decía: “¿Mi destino es atentar contra aquello que me es grato? ¿Fuí hecha para destruir todo lo que amo?”.

BÁRBARA FIDELE.—¿Por qué repite mis pensamientos?

EL DESCONOCIDO.—Si eran los suyos, no hábmelos preguntado.

BÁRBARA FIDELE.—¿Estáis todos contra mí?

¿Cómo debo interpretar vuestro ambiguo lenguaje?

EL SOLDADO.—Palabras de doble sentido, malas para referirse a una conducta severa, a una firme servidora de la fe.

BÁRBARA FIDELE.—¿No llevo en todos mis actos el deseo de ser justa? ¿Por qué se apartan de mis propósitos y se vuelven contra mí, trayendo consecuencias imprevistas? ¿Qué naturaleza tienen, independiente de mi voluntad? ¡A Dios le pediría que me aniquilase, si este ruego, que expreso para mi mal, no variara también, convirtiéndose en dichoso beneficio!

Llega Marcela. Avanza con sus característicos ademanes de ciega.

MARCELA.—¿Quién habla cerca de mí?

BÁRBARA FIDELE.—Una muerta en vida declara su gran espanto.

MARCELA.—Bárbara Fidele, ayudad a quien se mueve en tinieblas.

BÁRBARA FIDELE.—Mal puedo, Marcela. Un manto de sombra me nubla el sentido.

MARCELA.—Ved que me falta la lumbre de los ojos.

BÁRBARA FIDELE.—¿Ciega? (*Le pasa las manos ante la cara*). No parpadea. (*Pidiéndole la antorcha a uno de los que permanecen en el graderío*). Déjame. (*La acerca a la cara de Marcela*).

MARCELA.—Siento calor en el rostro.

EL DESCONOCIDO.—(*Prosternándose*). ¡Milagro! ¡Milagro!

EL FLAGELANTE.—¡Hereje, guárdate la lengua!

EL DESCONOCIDO.—¡Milagro! ¡Señales de Dios!

EL FLAGELANTE.—(*Amenazador*). Blasfemo, ¿vas a callarte?

EL DESCONOCIDO.—Fué milagroso que recobrarla la vista. También lo es el haberla perdido sin causa. ¿No tenemos por milagro a la excepción que hace Dios de sus normas y principios?

EL HOMBRE.—¿Y eran éstos los acontecimientos que esperábamos? (*Buscando a alguien*). ¿Dónde está el soldado aquél? (*Desconcertado, al no encontrarlo*). ¿En qué misterio vivimos? (*Se hace el silencio*).

MARCELA.—Bárbara Fidele, este sueño me trajo: por la extensión de un gran páramo, andando pausadamente, iba Celia, sin decir palabra alguna, precediéndome, siempre a la misma distancia. Inútil era mi prisa o mi abandono, inútiles mis esfuerzos por darle alcance, inútil mi desaliento: ni cerca ni lejos, siempre a la misma distancia. Anduvimos, anduvimos. Se iluminaron sus manos; de las palmas le brotaron chorros de lucientes piedras. Las recogí una por una. Toda mi riqueza le pertenecía. En mitad de su camino se alzó una mujer terrible; agitada, pareció dar grandes voces, pero no le nacieron palabra ni sonido. Cuando recobró el sosiego y se cerraron sus la-

bios, escuché su extraña voz, casi un suspiro, así un jirón de niebla que repitiera con blandura: "He temido a mis creencias, ahora temo a mi persona. He temido a mis creencias, ahora temo a mi persona". (*Se interrumpe*).

BÁRBARA FIDELE.—Sigue, Marcela. ¿Qué falta?

MARCELA.—No recuerdo. Hay algo más.

EL FLAGELANTE.—¿Dió alguna réplica Celia?

MARCELA.—El llanto. Y eran lágrimas de gozo. Parecía desear aquel suplicio. Después los ojos de Celia rodaron también por tierra, esplendiendo como dos vivos luceros. Hube de recogerlos, guardándolos en mi bolsa. Toda mi riqueza le pertenecía. Se oyó un creciente clamor. No sé si me desperté, pues cayó una gran oscuridad, y así, a tientas, he llegado a este lugar siguiendo el paso de Celia. ¡Tened compasión de mí! ¡Llevadme a donde ella esté! ¡Ayudadme a salir de este mal sueño!

BÁRBARA FIDELE. — (*Acercándose*). Ven, Marcela. Yo te llevaré conmigo. (*La coge de la mano*).

MARCELA. — (*Soltándola bruscamente*).
¡Bárbara Fidele! ¿Vos?

BÁRBARA FIDELE. — (*Consternada*). ¿Por qué te he tocado, si soy impura?

MARCELA.—¡Glorificado sea Dios, que al privarme de la vista me concede vuestro auxilio! ¡Os reconocí al tocarme! ¡Sois la que me acompañó en los pasos

más difíciles, antaño, cuando me hallaba sin guía! ¡Alabada seáis, buena mujer!

BÁRBARA FIDELE.—No. Buena, no. Nunca me llames así. En silencio, como entonces. Ten piedad; condúceme, que no encuentre mi camino. Las tinieblas se arrojaron sobre mí.

Echan a andar lentamente. En el cielo raya el alba.

T E L Ó N
F Í N D E L A O B R A

De Octubre a Noviembre.
De 1944 a 1946.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

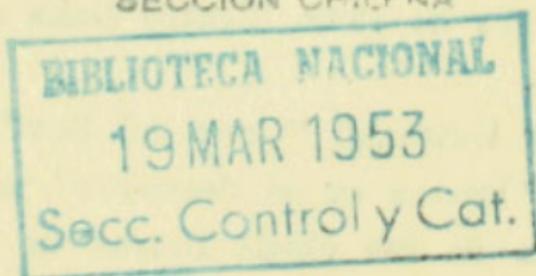
“Bárbara Fidele” obtuvo en 1948 la Primera Mención en el concurso de obras dramáticas del Teatro Experimental de la Universidad de Chile y fué inscrita el 9 de Enero de 1951, con el número 12450, en el Registro de la Propiedad Intelectual de Santiago de Chile.

José Ricardo Morales edita por primera vez una de sus piezas dramáticas. Anteriormente le representaron en España—1939— la “Burlilla de don Berrendo, doña Caracolines y su amante (Bagatela para fantoches)”. La primera actriz española, Margarita Xirgu, le estrenó la farsa en cuatro actos “El embustero en su enredo” (primera versión: Teatro Municipal de Santiago de Chile, 11 de Mayo de 1944; versión definitiva: Teatro Avenida de Buenos Aires, 8 de Junio de 1945) y “La Celestina”, adaptación y versión modernizada de la novela del mismo nombre (28 de Octubre de 1949. Teatro Solís de Montevideo).

En la Editorial “Cruz del Sur” ha publicado “Poetas en el destierro”, antología y crítica de las obras líricas de Antonio

Machado, Juan Ramón Jiménez, León Felipe, José Moreno Villa, Pedro Salinas, Jorge Guillén, Juan Larrea, Emilio Prados, Rafael Alberti, Luis Cernuda y Manuel Altolaguirre. Dirigió además en "Cruz del Sur" la colección "La fuente escondida", en la que seleccionó y prologó las obras de poetas poco difundidos de los Siglos de Oro españoles, integrada por los volúmenes siguientes: Romancero Espiritual, por *Josef de Valdivielso*; Del crudo amor vencido, por *Francisco de la Torre*; Ocio manso del alma, por *Francisco de Figueroa*; Orfeo, por *Juan de Jáuregui*; De tal árbol, tal fruto, *Florilegio de canciones de los siglos XV al XVII*; La dulce Lira, por *Luis Barahona de Soto*; Jardines compuestos, por *Francisco de Medrano y Francisco de Rioja*; Admiración de Maravillas, por *Pedro Espinosa*; Por la región del aire y la del fuego, por *Juan de Tarsis, Conde de Villamediana*; La vena rota, por *Salvador Jacinto Polo de Medina*.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA



Í N D I C E

CUADRO PRIMERO.....	13
CUADRO SEGUNDO.....	31
CUADRO TERCERO.....	47
CUADRO CUARTO.....	61
CUADRO QUINTO.....	77
CUADRO SEXTO.....	91
PUNTO FINAL.....	115

a c a b ó s e

DE IMPRIMIR EL DÍA 3 DE
NOVIEMBRE DE 1952. CONSTA
LA EDICIÓN DE 1020 EJEM-
PLARES, DE LOS CUALES LOS
20 PRIMEROS NUMERADOS
DEL I AL XX, PERTENECEN
AL AUTOR Y 200 NUMERA-
DOS DEL 1 AL 200 Y CON LA
FIRMA DEL AUTOR AL PIE
DEL COLOFÓN ESTÁN DESTI-
NADOS A LOS SUSCRIPTORES
DE
C R U Z D E L S U R.